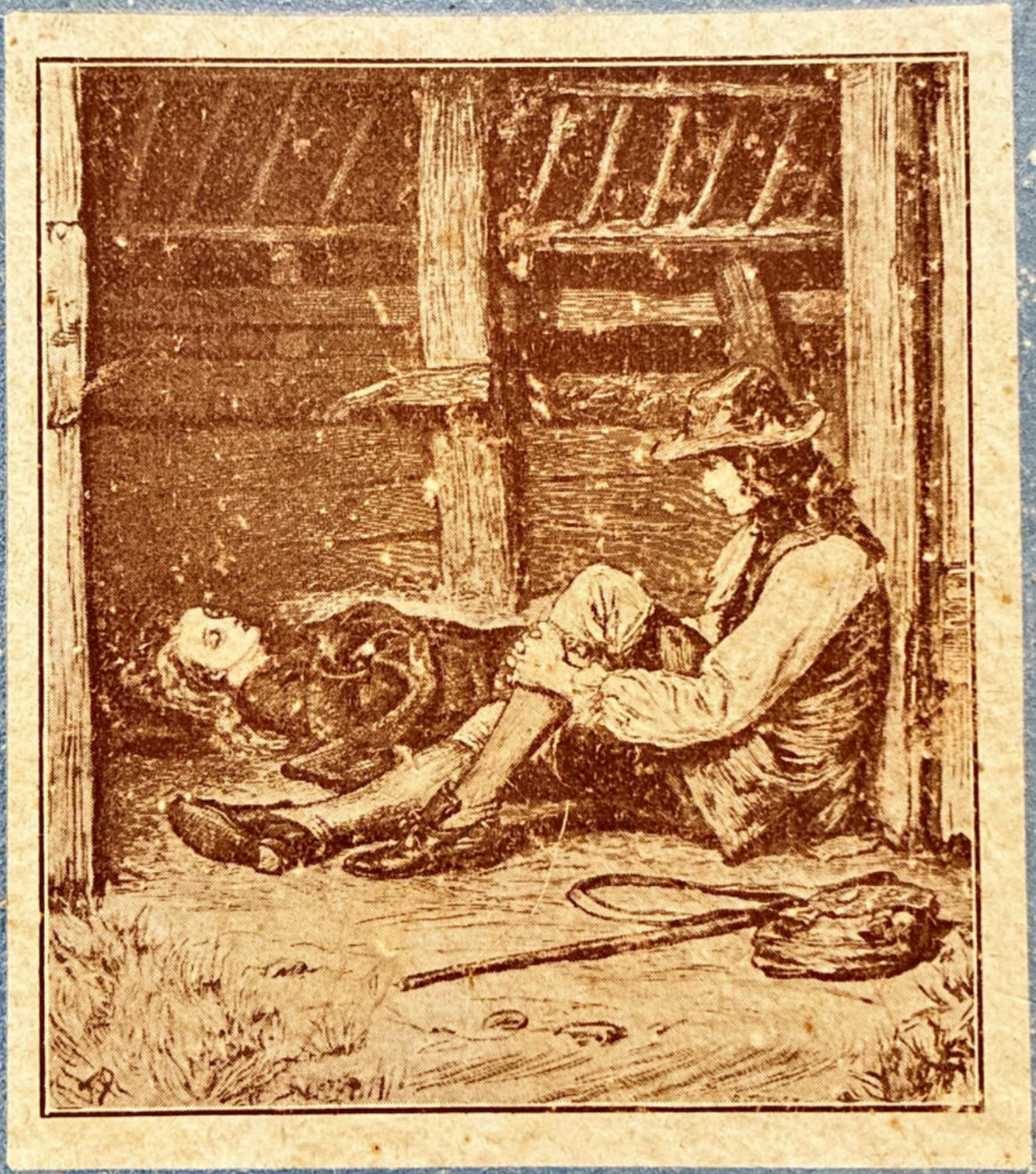
LA CRUZ Y LA CORONA

Por Débora Alcock



SOCIEDAD DE
PUBLICACIONES RELIGIOSAS
MADRID

LA CRUZ Y LA CORONA

LA CRUZ Y LA CORONA

Recuerdos de la Revocación del Edicto de Nantes.

POR

DÉBORA ALCOCK

AUTORA DE

LOS HERMANOS ESPAÑOLES

MADRID
SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS
Flor Alta, 2 y 4.

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.

«Una mirada, la postrera, á las costas y torres, á nuestras viñas y á los plantíos de nuestras flores; á la iglesia donde reposan los huesos de nuestros padres, donde nosotros deseábamos que también reposaran los nuestros. ¡Adiós, y para siempre! El sacerdote y el esclavo mandarán donde vivieron el libre y el valiente; abandonamos nuestras riquezas, dejamos nuestras tierras; pero ¡oh Padre divino!, ante ningún altar, sino ante el tuyo, nos postraremos.»

(Canto de los Hugonotes.)

CAPÍTULO PRIMERO

LAS MEMORIAS DE GABRIEL VAUR

Southwark, 2 de Enero de 1695.

Yo, Gabriel Vaur (ó de Vaur), empiezo á escribir la historia de mi infancia, esta noche, la segunda del año nuevo. Está terminado el trabajo del día, y no hay quien me interrumpa. Desideria está sentada cerca de mí, junto al fuego, devanando seda. Ella, pobre niña, es más feliz cuando sus manos están ocupadas, y piensa que me está ayudando, como sucede en efecto. Pero nunca habla, si yo no le hablo antes. Tengo muchos buenos y cariñosos amigos, que me son muy queridos; sin embargo, no hay uno á quien yo me atreva á decir exactamente mis pensamientos, ó con el cual yo pueda hablar libremente sobre el pasado. Ni tampoco hay uno capaz de guardar en la memoria, ó de narrar después de mi muerte, la historia de mi infancia. Por eso de-

seo escribirla ahora que está fresca todavía en mi memoria.

Además, el tiempo trae consigo extraños cambios, y los caminos del Señor son maravillosos. ¿Quién podrá decir si, andando el tiempo, estas páginas no llegarán á manos de Luis, mi querido é inolvidable hermano Luis, ó á manos de sus hijos ó nietos? Si tal cosa sucediera, si los ojos de éstos mis parientes se fijan algún día sobre estas líneas, recordad, queridos seres, que Gabriel no tiene el pensamiento de reclamaros la herencia de sus padres, ni trataría de recuperarla, aunque pudiera, no; Dios, en cambio, le ha dado otra cosa mejor, la cual ruego á Dios que también os conceda en su gracia.

Nací en el castillo de mi padre, en Vaur, cerca de Caudebec, en Normandía. Eramos una antigua y noble familia; no sin algún orgullo quizá, yo, pobre guantero, sentado en mi desván, en Southwark, escribo que mi padre era un *gentilhombre* de la Francia. Pero, principalmente, me glorío de que mi padre fué un valeroso y firme confesor de Cristo, por quien sufrió la pérdida de todas las cosas, y ha padecido (y puede ser que esté todavía padeciendo) trabajo, afrenta y amargo cautiverio. Yo he borrado de mi apellido el significativo *de,* como impropio de mi presente condición, é innecesario para distinguirme entre los bravos y dignos compañeros de destierro, que participan

de mi trabajo diario. Mi pretensión al honor no se funda en el accidente de un nacimiento noble, sino precisamente en lo que mis compañeros tienen de común conmigo, es á saber, que nos ha sido concedido no sólo creer en Cristo, sino también sufrir por su nombre.

Desideria y yo somos gemelos y los mayores de la familia. Después vinieron María, Magdalena y Luisito, con cuya infancia van unidos mis primeros recuerdos de infortunio. Desideria y yo estábamos un día visitando á la vecina que más cerca teníamos, de nuestra misma categoría y fe, la señora marquesa de Vigny, cuya única hija era la amiga y compañera de juegos en mi infancia. Nos habían convidado á la celebración del cumpleaños de Amada; y recuerdo bien, cómo á la mañana siguiente, la señora de Vigny nos dijo tiernamente, y con mucho cariño, que tendríamos que quedarnos con ella por entonces, porque nuestra hermanita Magdalena tenía viruelas. Que la terrible enfermedad hubiese llegado hasta nuestra morada, no hay que extrañarlo. Muchos pobres, no sólo de nuestros jornaleros, sino también de otras partes, venían continuamente al castillo buscando diferentes clases de socorro; liberalmente daban mis padres alimentos y vestidos, y además mi madre y sus criadas eran muy entendidas en hacer cocimientos para remedio de las enfermedades ordinarias, en destilar hierbas y en preparar emplastos y ungüen-

tos. Las puertas de Vaur nunca se cerraron al necesitado ó al miserable, ni hubo choza en la cercanía, por pobre que fuera, que mi madre no visitase frecuentemente para prodigar sus servicios de solicitud y beneficencia.

Nuestros humildes vecinos, al revés de los ciudadanos de Caudebec, no participaban en su mayoría de nuestra fe, pero nosotros participábamos de sus cuidados y tribulaciones como buenos vecinos, y nos cayó en suerte también compartir sus sufrimientos. Cuando después de algún tiempo permitieron que Desideria y yo volviéramos á casa, solamente nuestra querida y debilitada madre con nuestro hermanito Luis nos dieron la bienvenida; y cuando preguntamos por María y Magdalena, nos enseñaron dos pequeñas sepulturas en el reducido cementerio contiguo á nuestro *templo*. Nuestro padre, afortunadamente, escapó de la infección por haber estado ausente en París, ocupado, según creo, en asuntos de nuestra fe; pero nuestra madre había sido atacada por la terrible enfermedad, y aunque convaleció, no volvió á recobrar su primera salud y fuerza.

A pesar de esta contrariedad, nuestra niñez era muy feliz, como un día puede ser muy brillante aunque haya caído por la mañana una grande lluvia. ¡Oh querida y antigua casa mía, cuántas veces en sueños me veo dentro de ella! La veo siempre al resplandor del sol. Niebla y lluvia, nube y obscuridad de todo género parecen

pertenecer á la tierra de nuestro destierro, y especialmente á esta grande, rica y seria Londres, que es generosa y hospitalaria, pero no ciertamente hermosa y alegre como la bella Francia.

Veo los grandes castaños de Indias con sus hojas en forma de abanicos, y sus fragantes pirámides de flores; los bosques de robles con su denso follaje verde; los lejanos huertos, hermosos como rociados con la nieve de sus miriadas de flores blancas, ó cargados con los ricos adornos de su abundante fruto. Veo á lo lejos el brillante Sena y la pintoresca ciudad antigua de Caudebec con su obscura torre y su venerable iglesia. Veo la larga y recta avenida sombreada por los álamos, que conduce desde el camino de arriba hasta nuestro pardo castillo, con sus torreones, troneras y artísticas claraboyas, porque había sido un punto de fortaleza en los turbulentos días ya pasados. Muchas veces, además, estando la puerta abierta, paso por ella sin prohibición ni impedimento, como fantástico visitante cuyos pasos no hacen ruido. En la espaciosa habitación está mi padre, alto y grave, con su cabello obscuro, ya mezclado con canas (aunque yo sé ahora que él no era viejo entonces); junto á él está mi bella madre, con su rostro dulce y pálido, teniendo en brazos á Luisito. Desideria está allí también, pero no es todavía la hermosa, alegre, impulsiva niña, toda calor y vida, la primera en toda empresa, lo mismo de juego que de trabajo. Todos decían

que ella debía haber sido el niño y yo la niña; porque mi salud era endeble y mi temperamento tranquilo; más me hubiera gustado estar todo el día sentado con un libro en la mano, al lado de mi madre, que buscar pasatiempos y placeres fuera de casa. Pero Desideria (parece que fué ayer) corría bajo los castaños con su pelo rubio á la espalda y sus mejillas sonrosadas, jugando con nuestro gran perro Bertrand, y saltando y retozando los dos con la mayor alegría. O bien montada en su blanca jaquita, brillaba como un rayo de sol á través de los verdes pastos, ó á lo largo de las sendas en la orilla del río. A pesar de todo, ella era la verdadera hija de nuestra dulce madre, la cual podía, con una palabra ó con una mirada solamente, reprimir la impetuosidad de aquel fogoso espíritu y comunicarle serenidad y dulzura.

Cuando le era posible fijar sus vivos ojos en una hoja impresa, ó en un bordado de tapicería ó en blanco, la lectura ó el bordado resultaba mejor que si lo hiciera una de las personas habituadas á tales trabajos. ¡Cuánto nos amábamos Desideria y yo! Ni uno menos, ni otro más, porque las relaciones mutuas de hermano y hermana estaban cambiadas; ella me trataba con protectora ternura, mientras yo la contemplaba con grande admiración, siguiendo su dirección y obedeciendo lealmente sus mandatos. Mi padre, con algún auxilio de nuestro Pastor, Mr. Allard, nos enseñó á

ambos las mismas cosas: primero y principalmente, las Sagradas Escrituras; después, Historia, Gramática, Aritmética, Latín y otros ramos de una educación esmerada.

Así pasaban nuestros días entre el agradable trabajo y la más agradable distracción. Es verdad que algo sabíamos de las tempestades que se cernían sobre el alegre cielo de nuestra apacible y protegida niñez. Fervientes oraciones eran dirigidas, lo mismo en nuestro pequeño templo que en el culto de familia, para que Dios cambiara el corazón del rey á favor nuestro, y alejara de su Iglesia la terrible prueba de la persecución que nos amenazaba. Un día supimos con pena que el templo mismo, donde por generaciones nuestros padres habian ofrecido culto, iba á ser arrasado. Yo creo que las autoridades alegaron falsamente que un niño de católicos había sido bautizado allí, y con este pretexto decretaron la demolición. Desideria y yo estábamos mano á mano, y mirábamos la obra cruel con ojos llorosos; pero cuando volvimos á casa y lo dijimos á nuestro padre, él solamente respondió: «Bien, niños míos, tendremos nuestro culto de aquí en adelante bajo nuestro techo. Dios quiera que por mucho tiempo no se nos impida aun esto.»

Por entonces, Mr. Allard desapareció repentina y silenciosamente del vecindario. A nosotros los niños no se nos dijo por qué ni adónde se fué; pero Desideria, que fué siempre tan lista, descu-

brió de algún modo que él había sido acusado de hablar contra la fe católica, y tuvo que huír por salvar su vida. No tuvo sucesor; nuestro padre dirigió por sí mismo, desde entonces, nuestros sencillos cultos. Vino entonces un tiempo en el cual cada semana nos traía la noticia de alguna nueva violencia ó atropello.

Ya arrebataban por la fuerza á un niño de sus afligidos padres para educarlo en la religión del rey, ya ocurría un tumulto popular estimulado por las autoridades, dando por resultado alguna muerte ó la destrucción de alguna valiosa propiedad. Aquí se oía que un Pastor, por alguna acusación frívola, era llevado á la horca; allí, que una congregación había sido disuelta con violencia, siendo enviados los hombres á las galeras, y las mujeres y niños destinados á definitivo y penoso encierro en los conventos. También nos llegaban rumores de las horribles *dragonadas*.

Pero las historias de crueldad, insulto y tortura eran referidas muy bajito entre las personas mayores, con el propósito de ocultarlas todo lo posible de nosotros. Sabíamos, sin embargo, que muchos de nuestros hermanos estaban sufriendo por su fe, y que muchos más estaban abandonando sus casas y posesiones para buscar en extrañas tierras libertad para adorar á Dios. Nosotros no sabíamos lo que después llegamos á comprender: que mi padre, por amor á nosotros, se hubiera unido á la multitud de los desterrados;

pero la falta de salud en mi madre impidió el proyecto, pues ella no podía venir con nosotros, y no se podía pensar ni por un momento en dejarla sola. Así pasaban nuestros días. Y como niños, nunca pensábamos que los terrores y sufrimientos que referían de otros podían venir sobre nosotros ó sobre las personas que más amábamos en la tierra.

Pero al fin una tribulación que temíamos vino sobre nuestra casa, disipando otros cuidados é intereses más lejanos. Nuestra querida madre decaía visiblemente día por día, hasta que llegó á ser claro, aun para Desideria y para mí, que estaba pasando de nuestra casa á otra más hermosa. Cuán amorosamente velábamos á su lado y la serviamos en su enfermedad, no necesito decirlo. La prontitud de Desideria, sus auxilios, su ánimo y su serenidad se manifestaron plenamente en esta tribulación; hasta aquí ella había sido la especial compañera y delicia de su padre, mientras yo el delicado ó débil niño, tenía la preferencia en los tiernos cuidados de mi madre. Pero ahora la eficacia de Desideria en el servicio de la enferma la aproximó estrechamente á mi madre, mientras mi padre y yo pasábamos más tiempo juntos, circunstancia por la cual he tenido que agradecer mucho desde entonces. Aunque él no me decía mucho directamente de los peligros y sufrimientos que tendríamos que pasar, no perdió oportunidad de fortalecer mi fe con sus sabios y amo-

rosos consejos. Yo no podía menos de notar en aquellos días su pálido rostro, su cabello encaneciendo rápidamente y su angustia reprimida y silenciosa, visible algunas veces en su mirada y en sus maneras. Pero yo atribuía todo esto á la grande amargura que tan cerca estaba de nosotros.

Al fin llegó el triste é inolvidable día en que rodeamos el lecho de nuestra madre, esperando su última mirada y su último suspiro. Lo veo todo como si estuviera pasando; ¿para qué describirlo? Sabido es cómo nos despedimos, con corazones quebrantados, de los que más amamos. Notable fué lo que sucedió después. Desideria sacó de la habitación á Luis, que sollozaba, y dos antiguos y fieles criados salieron también. Sólo mi padre estaba junto á la cabecera, y yo, sin que él me viera, quedé sin habla y sin movimiento á causa de la pena, escondido detrás de uno de los pilares del gran dosel de la cabecera de la cama. Levantando mis ojos del rostro del cadáver para fijarlos en el vivo, noté un cambio que me llenó de asombro. Desapareció del rostro de mi padre aquella angustia y lúgubre mirada que me era tan bien conocida; las líneas duras de su semblante se suavizaron, los músculos contraídos recobraron su natural posición; parecía como si aquella blanca frente, que reposaba sobre la almohada, hubiese comunicado su inefable paz al afligido que se inclinaba sobre ella. Acto continuo

mi padre se arrodilló y oró en alta voz de esta manera: «Padre celestial, Padre mío, gracias te doy con todo mi corazón porque has oído mis súplicas. Mientras viva te invocaré. Nunca más, desde hoy, podré dudar de tu amor y de tu fidelidad. *¡Ella está salva!* Tú mismo has venido por ella; tú has extendido tu mano y la has librado. Ningún daño puede ya recibir. Ahora todo lo que venga, comparado con lo que pudo suceder, será ligero de sufrir. Padre celestial, gracias te doy.»

No dijo más. Yo, asombrado y estupefacto, salí silenciosamente de la habitación. No podía yo discernir qué cosa era más abrumadora, si el sentimiento de que mi querida madre se separaba de nosotros para siempre, ó la idea de que mi padre, en vez de llorar, dió gracias á Dios por habérsela llevado.

Pronto supimos, para nuestra mayor confusión, que nuestra madre iba á ser sepultada aquella misma noche, y, lo que nos pareció más extraño é increíble, no en el sagrado lugar contiguo á nuestro arruinado templo, donde reposaban sus hijos, sino en un sitio apartado en nuestro jardín, al pie de un frondoso árbol. Alguna repugnancia hubiésemos manifestado en caso de atrevernos; pero las disposiciones de mi padre no admitían réplica ni aun comentario. Sus órdenes, dadas breve é imperiosamente, fueron obedecidas con triste silencio. La ceremonia, presenciada tan sólo por nuestros criados, se verificó á la luz de

unas antorchas. Apenas concluída, mi padre me llamó á su gabinete, y me dijo:

—Siéntate, hijo mío; tengo que decirte una cosa de la mayor importancia.

En lo que sigue, como en otras conversaciones que recuerdo, no puedo pretender, por el transcurso del tiempo, reproducir con certeza palabra por palabra. Sin embargo, estoy seguro de que la memoria, avivada por el amor y la pena, ha conservado fielmente la substancia, y, en muchos casos, los tonos y gestos hicieron una impresión indeleble en mi mente.

Mi padre continuó:

—Esta mañana, mientras estaba á la cabecera de tu madre, recibí de un fiel amigo una carta avisándome que un destacamento de soldados viene para que le demos alojamiento, y probablemente llegarán mañana.

—¿Soldados?—exclamé con terror.—¿Dragones? Padre, ¿qué haremos?

—Eso es lo que tenemos ahora que considerar. Uno de nosotros ya está salvo, gracias á Dios. Ahora, por quien más temo es por Desideria. Pero he formado un plan para la ocultación de ella y de Luis.

—Luis—exclamé yo,—de seguro no está en peligro; es aún un pequeño niño.

—Sin embargo—dijo mi padre,—él puede ser pronto la persona más importante de nuestra casa. Si nosotros permanecemos firmes (lo que

Dios puede hacer por su gracia), y Luis, como niño, tiene la debilidad de apostatar, todo nuestro patrimonio vendrá á ser suyo, y será administrado por mayordomos católicos y curas.

—¿Y qué pueden ellos hacer con Desideria y conmigo?—pregunté.

—Como aún no tienes catorce años, serías enviado á un monasterio para que te educaran en la fe católica. En cuanto á Desideria...—pero aquí su voz se extingió, y un estremecimiento, tal como yo no lo había visto nunca, agitó su robusto cuerpo.

—Y usted, padre—continué preguntando,—¿qué pueden hacer de usted?

Es sorprendente que esta pregunta pareció restablecer su serenidad; alzó la cabeza, cruzó los brazos sobre su pecho, y dijo con mucha calma:

—*Lo que quieran.*

Esto me hizo callar, y después de una pausa añadió:

—Pero no debemos pensar solamente en nosotros mismos. El mismo confidente me dice que los dragones han de ser alojados en las casas de nuestras amigas en Vigny. Es horrible pensar esto. Un caserío de mujeres indefensas, ¡entregado á la libre brutalidad de estos rufianes! No será así, si podemos salvarlas. No puedo mandarles aviso con persona de confianza, si no vas tú. Pero ¿recuerdas bien el corto sendero á través del bosque por donde has ido algunas veces para vi-

sitar á tu amiga Amada? ¿Crees que podrías encontrar esa senda en la obscuridad de la noche?

Dije con ansiedad que estaba seguro de encontrarla.

—Entonces vé inmediatamente—me dijo.—No hay que perder una hora; diles que los soldados se aproximan, y que les aconsejo, y lo que es más aún, les suplico, si estiman sus vidas y lo que es más precioso todavía que la vida, dispongan el coche al romper el alba y se dirijan á la residencia del hermano de la señora de Vigny, cerca de Caen. Mr. Belmont es católico, pero creo que no rehusará el refugio de su casa á su hermana, á su sobrina y su anciana tía, que reside con éstas.

—Voy en seguida, padre—respondí,—porque, aunque niño, la idea del daño ó de la afrenta que pudiese venir sobre Amada de Vigny, enardecía la sangre en mis venas.—Me detuve, sin embargo, un momento para preguntarle con labios temblorosos:—Padre, ¿por qué ha hecho usted la tumba aparte, en el jardín, en vez de hacerla junto á las otras? Desideria está turbada, porque dice que los pequeñitos estarán solos en el día de la resurrección.

La mirada con que mi padre respondió me hizo arrepentirme amargamente de mi pregunta. —Yo creí que tú sabías para no preguntarme—me dijo:—era para evitar el riesgo de una profanación.—Luego añadió, como hablando consigo:

«Pero, después de eso, ya nada más pueden hacer.»

Al salir yo, me llamó para decirme:—En estos tiempos no podemos saber si separarnos por una hora, podrá ser separarnos para siempre sobre la tierra. Si cuando regreses, lo que no puedes hacer antes de mañana por la tarde, ves que los soldados ya están aquí, no procures entrar en la casa. Márchate á Caudebec, á casa de María Champfort. He dado á ella ciertas disposiciones, y una cantidad de dinero para el uso de cualquiera de mi familia que se le presente, bien para ocultarle temporalmente, bien para que le ayude en su viaje á Inglaterra. Pero, Gabriel, cualquiera que sea tu suerte, no abandones á tus hermanos, en tanto tengas oportunidad de socorrerlos. Y ahora, hijo mío, Dios te bendiga y te guarde. El haga que nos reunamos todos un día en su presencia.

Me abrazó contra su corazón por un momento, me besó y me señaló silenciosamente la puerta. Con ojos llorosos salí para no ver más su rostro en la tierra.

CAPITULO II

CONTINUACIÓN DE LAS MEMORIAS

«Y alabé yo á los finados que ya murieron, más que á los vivientes que hasta ahora están vivos.»

Eccl. 4. 2.

Quizá, antes de proseguir, debo explicar ciertas cosas, á las cuales he aludido. Los hombres no comprenden por instinto lo sucedido en otro país, y ciertamente yo pienso que desde el principio del mundo se han hecho pocas cosas tan horribles y monstruosas como la cruel, prolongada y astuta persecución conocida en la Historia con el nombre de Revocación del Edicto de Nantes (1), aunque, en realidad, este señalado acto de

(1) Oportuna nos parece aquí una corta explicación. *El Edicto* era la «Carta» del Protestantismo francés, concedida y firmada por Enrique IV, rey elevado al trono por las armas de los protestantes. Dicho documento garantizaba completa libertad de conciencia y una algo restringida pero considerable libertad de cultos á los protestantes. Los declaraba admisibles á todos los empleos públicos, establecía un tribunal ó *cámara* para velar por sus intereses, y ponía en sus manos cierto número de plazas fuertes, en prenda ó como garantía de la debida observancia. Este Edicto fué firmado en 1591, y formalmente revocado en 15 de Octubre de 1685.

la perfidia del rey no era más que la coronación y complemento del largo período de opresión que había transcurrido. El Edicto no fué revocado en definitiva hasta que cada uno de sus estatutos había sido vergonzosamente violado, y cuando los consejeros del rey Luis podían asegurar—lo que era una gran falsedad, que ellos habían procurado por todos los medios, lícitos é ilícitos, dar como verdad—que ya no había protestantes en Francia.

Sin embargo, no debe pensarse, como piensan muchos de nuestros amigos ingleses, que fuimos arrojados de Francia como los moros y los judíos lo fueron de España, dándosenos á escoger entre la apostasía y el destierro. Al contrario, se hicieron todos los esfuerzos posibles por retenernos en el país; la huída, ó cualquiera tentativa de evasión, estaba penada por el edicto real con los más severos castigos: las galeras para los hombres, la prisión perpetua para las mujeres, y la educación forzosa para niños y jóvenes de ambos sexos. Citaremos las nobles y elocuentes palabras de uno de nuestros mártires en su prueba ante los jueces: «Si al proponerme cambiar de religión se me concediera alguna alternativa de posible ejecución—como salir del reino con ó sin mi propiedad,—el rey sería obedecido gustosamente; porque la mente, encontrando elección y camino, no podría decirse que obraba por coacción. Pero proponer un cambio de fe sin añadir el consentimiento de

la inteligencia, y cerrar al mismo tiempo todo camino para hacerle creer á un hombre lo que no quiera, es intentar una cosa imposible.»

El objeto del rey era «cerrar toda salida», no dejarnos elección, ni aun, si fuera posible, la última triste, pero gloriosa elección del mártir, entre la apostasía y la muerte. Es verdad que por millares perdieron sus vidas; pero éste no era el fin, aunque era ciertamente el resultado directo de las disposiciones reales. Los soldados alojados en nuestras casas tenían licencia para cometer toda clase de excesos, para aplicar toda clase de tortura sin producir la muerte, á fin de conseguir nuestra sumisión á la voluntad del rey. Hombres, lo mismo jóvenes que ancianos, niños indefensos, tiernas y delicadas mujeres, caían bajo el dominio de estos brutales y licenciosos misioneros, salidos de las heces de la sociedad y endurecidos por el desenfreno y peligros de la vida militar. Ellos estaban animados y estimulados para todos los caprichos de la más refinada crueldad, con tal de hacer conversiones forzadas.

Sería fácil llenar estas páginas con los detalles espantosos y repugnantes que vienen á mi memoria. ¡Mas para qué! No es bueno recordar la crueldad de los perseguidores; la fe y paciencia de los mártires no corre riesgo de ser olvidada. Su recuerdo está en cualquiera parte, y yo pienso que sobrevivirá aun á las glorias tan ponderadas del victorioso reinado de Luis *el Magnífico*.

Aunque los soldados de todas armas vinieron contra nosotros, los dragones se distinguieron por su celo y ferocidad, hasta el punto de gozar el siniestro privilegio de haber dado nombre á esta nueva clase de persecuciones que se llamaron dragonadas. Pero mientras nosotros estábamos puestos fuera del amparo de la ley y expuestos á todos los ultrajes que el espíritu de la ilegalidad puede inspirar, todos los recursos de la ley estaban dispuestos contra nosotros. Nos era prohibido adorar á Dios según nuestra conciencia, aun en el secreto de nuestras casas ó en las ruinas de nuestros asolados templos. Se nos prohibía enseñar nuestra fe á los hijos, practicar cualquiera profesión, industria ó negocio; emplear criados de de nuestra misma religión ó servir nosotros á los católicos; enterrar nuestros muertos como no fuera muy de mañana ó ya muy entrada la noche. Esto era antes de la formal revocación del Edicto; después, nuestros muertos, los que morían en nuestra fe, eran expuestos á profanaciones demasiado horribles para ser descriptas. No es extraño, pues, que mi padre diese gracias á Dios por la apacible muerte de mi madre y por su ignorada sepultura bajo las flores que en días más felices ella cuidaba con esmero.

Yo supongo que en todas las persecuciones los agravios inferidos á nuestros afectos son los más aflictivos, así como constituyen la mayor parte de la miseria en que nos ponen. Pero segu-

ramente nunca antes hubo una persecución tan ingeniosamente dirigida á herir las más tiernas fibras de nuestra naturaleza. Los padres eran martirizados viendo martirizar á sus hijos; los hijos, viendo á sus padres; las esposas, presenciando el tormento de sus maridos, y los maridos, viendo las brutales violencias cometidas con sus mujeres. Una de las disposiciones principales del rey para nuestra conversión, era la de separar violentamente las familias y quitar á los padres sus hijos, para que éstos fueran educados en la fe católica, y á expensas de sus mismos padres, si era posible. De todas partes en mi país se levantó el grito de desolación de Raquel; las madres llorando por sus hijos y rehusando ser consoladas, no porque ellos *perecieron*—pues muchas madres hubieran dado gracias á Dios si tal noticia les hubieran dado,—sino porque aquellas inocentes criaturas vivirían rodeadas de enemigos y de extraños, siendo mártires ó apóstatas, según su edad, su valor ó su fidelidad.

Para abreviar mi sencilla historia, diré que fué en Otoño de 1685, casi un mes después de firmado el Edicto de revocación, cuando depositamos el cadáver de mi madre en su última y solitaria morada, y aquella misma noche salí yo por el camino del bosque con dirección al castillo de Vigny. La luna iluminaba aquellos sitios, que me eran bien conocidos. No eran muy á propósito para ir á caballo; pero yo los había recorrido

muchas veces, volviendo en una jaca ó á pie al día siguiente. La distancia era próximamente de tres leguas. Este era un paseo memorable para mí. Aun no tenía yo catorce años, pero creo que me desprendí de mi niñez en el bosque aquella noche. Cuando las secas hojas crujían bajo mis pies; cuando las escuetas ramas de los árboles se extendían sobre mí, como brazos colosales; cuando los rayos de la luna iluminaban mis pasos, me decía una y otra vez, sin darme entera cuenta de lo que había visto y oído: «Mi madre ha muerto, y mi padre da gracias á Dios por ello.»

Al principio, yo estaba admirado, estupefacto; mi corazón se había entorpecido como mi inteligencia. Pero después, la natural tristeza subía, como la marea, rodeándome y apoderándose de mí como si quisiera ahogarme. Los obscuros árboles y el resplandor de la luna se desvanecieron á mi vista. Sentíme transportado á la cámara mortuoria; vi de nuevo aquel querido y pálido rostro; oí otra vez aquella dulce voz, apagada y temblorosa, que no escucharíamos más hasta el día de la resurrección. Yo estaba sumamente afligido; y olvidando todo lo demás, me arrojé sobre el frío suelo, llorando y gimiendo en alta voz.

No recuerdo cuánto tiempo estuve así. Poco á poco se apoderó de mí el pensamiento de que mi padre, al dar gracias por mi madre, lo había hecho más bien por el muerto que por los vivos. Sabiendo como yo sabía la Escritura, no es ex-

traño se me ocurrieran aquellas conmovedoras palabras: «Hijo del hombre, he aquí, yo te quito de un golpe el deseo de tus ojos; no endeches, ni llores, ni corran tus lágrimas. ¡Ay! no hagas luto de mortuorios.» ¿Qué derecho tenía yo de permanecer allí, derramando lágrimas egoístas, mientras circulaban noticias vagas, pero terribles en su misma vaguedad, de horrores que estaban muy cerca amenazando á todos los que amábamos? ¿No debía yo obedecer el mandato de mi padre? ¿No tenía yo que salvar á los de Vigny de la cruel brutalidad de la soldadesca?

Levantéme, y ansioso de recuperar el tiempo perdido, seguí mi ruta como una flecha disparada del arco. Aunque no robusto, siempre fuí buen andador, y á la sazón el ejercicio me fué provechoso.

Recobrando mi paso poco á poco, procuré pensar más claramente en lo que nos estaba sucediendo y en lo que debíamos hacer. Era para mí seguro que mi padre nunca renunciaría á su fe; también tenía yo una alta opinión del valor y la fortaleza de Desideria. Pero en la prueba, ¿permanecería yo fiel? Híceme esta pregunta con toda la seriedad de mi corazón. Pintéme con la imaginación las pruebas á que podían someterme; pero muy vaga é inexactamente, porque yo sabía por experiencia muy poco del terrible misterio del sufrimiento. En lo poco que yo hubiera sufrido hasta entonces, mi madre me había con-

solado y confortado; pero ahora, el único pensamiento claro y vivo para mí, en medio de mis obscuras aprensiones, era que mi madre estaba muy lejos. El hogar y la vida doméstica habían terminado para siempre. Yo no sabía decirme esto con palabras apropiadas, pero sentía vivamente que en lo sucesivo me encontraría solo. Pero solo, no; el Padre Celestial, ¿no estaría conmigo? Ningún enemigo podría separarme de El. Entre perseguidores y extraños, entre los crueles soldados de quienes tanto se hablaba, en un calabozo, en un monasterio ó en la cubierta de una galera, allí estaría Dios. Miré al cielo estrellado (la luna ya se estaba ocultando), y sentí lo que nunca antes había sentido: que El estaría conmigo durante toda mi vida, *mi Dios* y *mi Padre* en Cristo Jesús.

En tiempo oportuno llegué al castillo de Vigny. Era enteramente obscuro todavía, aunque debía estar muy próxima la mañana. Todo estaba silencioso en el interior; pero yo sabía lo que era necesario hacer. Tiré algunas piedrecitas á la ventana del cuarto donde dormía el despensero, antiguo y fiel dependiente, muy estimado en la familia y muy cariñoso conmigo en mis frecuentes visitas. Era de «la Religión», como casi todos los servidores de los Vigny y los nuestros. Si el edicto del rey se había de cumplir, todos ellos deberían ser despedidos, ó más probablemente ellos querrían participar de la suerte de sus señores,

«el que á muerte, á muerte; el que á cautiverio, á cautiverio».

El anciano Bontemps (así se llamaba el despensero) pronto apareció, viendo con sorpresa y alarma quién era el que llamaba. Bajando á una pequeña puerta excusada, hízome entrar, y noté el temblor de su mano al abrirme y la expresión tristísima de su envejecido rostro. Conmovíase visiblemente á medida que yo le refería en párrafos entrecortados lo que estaba ocurriendo.

—Estos son malos tiempos, señorito Gabriel—me dijo.

—Usted sabe, Bontemps—proseguí,—que debemos sacar á las señoras antes que los soldados vengan, y pueden venir á cualquiera hora mañana, ó mejor dicho, hoy, porque pronto amanecerá. ¿No deberá usted despertarlas en seguida, y levantar á Esteban también para que prepare los caballos?

—Ciertamente. Tiene razón el señorito. Y la señora de Vaur está ya con Dios. ¡Dichosa ella! No hay duda. ¡Dichosa ella! Sí, como el señorito indica, yo debo avisar á las señoras. ¿Quiere el señorito esperar aquí?

Y me dejó en una pequeña sala donde había un lecho, sobre el cual me senté; y apenas se marchó, empezando á sentirme cansado, me tendí sobre él cuan largo era. Había yo pasado dos noches sin dormir, había llorado mucho y andado cuatro horas á través del bosque. No es extraño

que, en mi edad, la naturaleza fuese fuerte, y caí en un profundo y tranquilo sueño. Cuando desperté no podía recordar dónde estaba, ni lo que me había sucedido. Aún estaba yo procurando descubrir lo que no sabía, cuando se presentó Bontemps, y me dijo:

—Bien, señorito; ellas están ya libres, muy lejos, gracias al buen Dios.

Yo empecé entonces á recordar:

—¿Se han marchado?—pregunté sobresaltado.

—¿Marchado? Llevan ya cuatro horas de camino con dirección á Caen. La señora anciana, la señorita y Luis van en el coche que dirige Esteban; Santiago y Carlota van á caballo para cuidar de ellas.

—¡Y yo no las he visto, ni me despedí de ellas!—dije tristemente: y creo que poco me faltó para llorar.

—¡Chitón, chitón!, señorito Gabriel—me dijo el anciano con aire de reproche.—¿Piensa usted que son estos tiempos para que un hombre se siente y llore por no haber dicho *buenos días* ó *buenas noches* á sus amigos? Mejor es dar gracias al buen Dios por pensar que los amigos están vivos y bien, aunque no tengamos esperanza de saludarlos más en este mundo.

Esto me hizo pensar en mi padre, en mi casa, y me puse en pie diciendo:

—Debo ir á casa en seguida.

—Yo ensillaré el caballo para usted, señorito Gabriel—dijo Bontemps.—Usted puede quedarse con él, si quiere, porque yo pienso cerrarlo todo aquí, y despedir á la gente que ha quedado en sus ocupaciones. No hay señal todavía de soldados; y así, cuando ellos vengan, espero que no encontrarán más que una casa vacía.

—¿Y usted mismo, Bontemps? ¿Qué va usted á hacer?—le pregunté.

—Hay una choza en el bosque—respondió,—y desde allí estaré á mano para velar sobre la antigua morada.

Yo pensé que le quedaban pocos días de vigilancia, porque parecía que le habían echado encima diez años desde aquella mañana.

Me trajo comida y vino, de lo cual me alegré; y pronto volvía yo á casa, montado en aquel caballo que varias veces me había servido para ir á Vigny. El día era ya muy avanzado; era una mañana fría y desagradable de otoño, acompañada de una espesa niebla. Tuve, por consiguiente, que volver por el camino alto, mucho más largo que el que hice anteriormente.

Cuando me aproximaba á la puerta de nuestra heredad, Guillot, el muchacho del bosque, que evidentemente estaba al acecho, corrió hacia mi.

—¡Oh, señorito Gabriel!—dijo cogiendo la brida y hablando con una especie de susurro sin aliento;—no tiene usted que entrar aquí; no, ni un paso más, por vuestra vida. Vuestro señor padre

Guillot, el muchado del bosque, corrió hacia mí.

—¡Oh, señorito Gabriel! —dijo, cogiendo la brida;—ni un paso más, por vuestra vida.

me rogó decíroslo. El me rogó encargaros por vuestro deber y por vuestro amor á él—estas fueron sus palabras,—no poner el pie dentro de estas puertas, sino ir en seguida con la persona de quien él os habló.

—Pero, dime, Guillot—exclamé con angustia.—¿Qué es de mi padre, de mi hermana y de todos ellos?

—En verdad, señorito Gabriel, no sé qué decir á usted; sólo puedo referir que han acontecido toda clase de sucesos desagradables. Esta mañana estaba yo cortando leña en el bosque, cuando oí un gran clamoreo en la puerta. Corrí á ver lo que era, y eran los soldados con sus armaduras, con sus pistolas y con sus espadas desnudas gritando para entrar en nombre del rey. La puerta se abrió pronto, y ellos pasaron la avenida que conduce á la casa. El amo mismo bajó á la puerta á hablar con ellos, y después de esto no sé más, hasta que vinieron á los establos con sus caballos, y ¡buen trastorno que hicieron!, os lo aseguro. Nada era bastante, ni medio bueno para ellos. Maldijeron al señor Ramard, le llamaron con malos nombres, y le pegaron con el pomo de sus espadas.

El señor Ramard era el cochero, un anciano digno y respetable, objeto de gran aprecio y reverencia á los ojos del muchacho del bosque.

Yo dije:

—No me importa todo eso, Guillot; háblame

de mi padre, de mi hermana y de mi hermano.

—Creo que el amo está con los soldados, procurando entretenerlos, y evitando que hagan más daño. Yo pienso, señorito Gabriel—añadió bajando la voz,—que la señorita Desideria y el señorito Luis han sido escondidos en alguna parte. Esto es todo lo que sé.

Di al muchacho un mensaje para mi padre, en caso de que pudiera hablar con él sin testigo, y con el corazón entristecido volví grupas y me dirigí á Caudebec. Afortunadamente, yo tuve bastante juicio para desmontar antes de llegar á la pequeña ciudad, y dejar al caballo libre para que siguiera sus propios instintos, que no tengo duda le conducirían en salvo á su establo de Vigny. Un solitario joven á pie, con vestido bueno, aunque no nuevo, no inspiraba sospecha, y así llegué felizmente á la morada de mi fiel nodriza.

Allí referí mi triste historia, y fuí consolado por la simpatía y cariño que encontré. Seis años antes, mi nodriza se había casado con un respetable guantero, protestante, como casi todos los hábiles trabajadores de las dos florecientes industrias que dieron á la ciudad de Caudebec su prosperidad y reputación. No necesito hablar de los sombreros de Caudebec; todos han oído nombrarlos, y mucha gente con pretensiones de buen gusto los han usado. Los guantes de Caudebec son también celebrados, aunque no en tantas

partes; se fabrican con pieles de cabritos, preparadas de cierto modo, y son tan finos y suaves, que se puede meter un par de ellos dentro de una cáscara de nuez. Pero desde que empezaron las persecuciones, los artesanos hábiles fueron abandonando la ciudad, en tal número, que las autoridades temieron, con razón, que ambas industrias fueran enteramente destruídas. Cuando yo llegué á Caudebec no se podía criticar de la ortodoxia de los que allí permanecían, puesto que se hicieron todos los esfuerzos mayores para evitar la emigración, y se aplicaban los más severos castigos á los que eran cogidos en el acto de escaparse.

Daniel Champfort hubiera emigrado con gusto hacía tiempo; pero su esposa se lo impedía, en parte, por causa de sus tres hijos, pero más, según yo pienso, por causa del excesivo amor que ella profesaba á nuestra familia, y especialmente á mi madre; ella no podía sufrir la idea de dejar la vecindad mientras vivieran. Siento añadir que los esposos Champfort habían sido forzados á cometer un acto de apostasía durante la visita de los dragones en la ciudad. Yo creo que esto no consistió más que en el simple acto de pronunciar estas palabras: *Yo me reuno* (1), porque era práctica de los perseguidores aceptar conversiones con pocas palabras. Solamente un

---

(1) Se entiende, á la Iglesia romana.—*(N. del T.)*

miembro de la familia, ausente, por fortuna, en aquella ocasión, no tuvo que «doblar la rodilla ante Baal»; éste era Herberto, hijo de la primera esposa de Daniel, joven de dos ó tres años más que yo, y (lo digo con gratitud y amor) el mejor amigo que Dios me ha dado.

Algún peligro había en que los Champfort me recibieran en su familia. Sin embargo, aunque mi apariencia era bien conocida en Caudebec, pocos querían denunciarme, ó sugerir sospechas de que quien pasaba por un sobrino pobre de María Champfort, traído de Rouan para que cambiara de aires, era el joven señorito Gabriel de Vaur. Entré en la ciudad muy fácilmente, y así podía permanecer en ella; la dificultad sería (contra lo que mi padre esperaba) salir de allí cuando fuera necesario.

El día siguiente de mi llegada, María me introdujo en su dormitorio. Cerró la puerta con aire de misterio, y levantando la cubierta de su cama, metió la mano en una abertura del colchón y sacó un pesado saco de lienzo.

—Aquí, señorito Gabriel—me dijo,—hay doscientos luises de oro que vuestro padre me confió hace tiempo, para el caso en que fuera necesario enviaros á Inglaterra. No hace mucho tiempo nosotros pudiéramos haberlo hecho con buen éxito. La ciudad verdaderamente está más que medio desierta, puesto que mucha de nuestra gente se ha escapado embarcada á Honfleur ó al

Havre, donde le era fácil encontrar barcos que la llevaran á Inglaterra. Pero ahora las autoridades ejercen la más activa vigilancia. El muelle está custodiado día y noche, y lo mismo la orilla opuesta del río, de manera que ni un bote puede salir sin ser antes registrado. Como Herberto dice, «ni una mosca puede embarcar sin permiso de la guardia».

—Pero—dije—yo no quiero marchar ahora. No debo ni puedo irme sin saber la suerte de mi querido padre, de Desideria y de Luis. Quizá mi padre pueda enviar por mí ó venir aquí conmigo.

María movió la cabeza tristemente, y sólo dijo:

—Conservad esa esperanza si os consuela, pobre niño.

CAPITULO III

CONTINUACIÓN DE LAS MEMORIAS

Pasaron días, semanas y meses, permaneciendo yo en compañía de los Champfort. Accediendo á mi petición—porque yo estaba cansado de la inacción forzosa,—Daniel me enseñó el oficio de guantero, y yo gasté la mayor parte de mi tiempo en esta monótona ocupación, que tuvo la doble ventaja de contribuir á ocultar mi clase y á compensar á mis queridos amigos del gasto de mi manutención, puesto que ellos de ningún modo querían persuadirse á tocar el dinero contenido en aquel saco de lienzo.

—No, no, señorito Gabriel; eso es para vuestro alimento y refugio en el extranjero.

Yo creo que en este tiempo mi corazón estaba tan triste como podía estarlo el corazón de un joven. Los días y semanas, como yo los recuerdo ahora, parecen cubiertos con una obscura nube de desanimación y de tristeza, que los ennegrece

enteramente á mi vista. Mi madre muerta, mi padre y mis hermanos separados de mí, como por la muerte misma, y su suerte rodeada de una horrible incertidumbre, que se proyectaba también sobre mi porvenir, ¿será extraño que la esperanza y la energía me faltaran, que mis pensamientos sobre el pasado fueran como terribles pesadillas, y que yo procurara absorberme en la tosca y mecánica rutina del presente, puesto que mientras menos pensaba, menos sufría?

Gradualmente, sin embargo, algunos rayos de consuelo y animación penetraron en mi angustiosa vida. Los debí principalmente á Herberto. En los pasados tiempos conocí al hijo de mi nodriza como un compañero que me entretenía, aunque chico travieso y perezoso, á quien, al revés de lo que hacen las madrastras, ella miraba con gran fervor y cariño, poniéndose de su parte cuando el padre se enojaba por la falta de atención del hijo en el trabajo. Ella solía decir: «Herberto no es un mal muchacho. Sería el mejor chico con tal de que no hubiera agujas ni hilo en el mundo.» Porque Herberto aborrecía el trabajo de coser guantes, y con mucha frecuencia abandonaba el taller por el muelle, donde pasaba el tiempo entre los botes, hablando con los marineros, alimentando sus grandes aspiraciones á la vida activa y aventurera.

Pero en la época en que yo llegué á Caudebec, y empecé á compartir su trabajo en la tienda du-

rante el día y su lecho durante la noche, se notó en él un cambio. Durante la visita de los dragones, él logró esconderse, y así evitó la elección entre la apostasía y el sufrimiento. El nunca habló mucho de lo que sintió en aquella ocasión, pero una vez dejó escapar palabras como éstas:

—Yo vi que era necesario no ser niño, sino preguntarme con el más vivo interés si estaba yo dispuesto á morir por mi fe, y qué clase de fe era la mía para que yo muriese por ella. El fin de mi investigación fue éste: descubrí que nada vale tanto como la fe viva en un Salvador viviente. Y pienso que El oyó mi súplica y me la concedió.

Después de esto, Herberto y yo, no sólo trabajábamos juntos, sino que juntos estudiábamos la Palabra de Dios, y le pedíamos fuerza para seguir sus enseñanzas á todo evento. Herberto nunca aprendió á manejar con buena voluntad la aguja del guantero; mas aprendió á cumplir con estricta conciencia cualquier deber que se le encomendaba. «Fiel en lo poco, fiel en lo mucho—solía decir,—yo nunca he oído de un mal trabajador que fuera buen mártir.» El era precisamente el compañero que yo necesitaba por aquel tiempo. Su genio animoso, alegre y emprendedor, reanimó mis abatidas energías. Muchas veces he pensado desde entonces que él se parecía á Desiderio en el carácter, tanto como un hijo del pueblo se puede parecer á una niña cuidadosamente instruída y criada en una casa noble.

Solíamos discutir frecuentemente las probabilidades de una evasión de nuestra tierra, la cual había venido á ser una prisión, y muy cruel, para nosotros. Muchos fueron los planes concertados en la fecunda imaginación de Herberto y presentados á mí, cuando nos sentábamos á trabajar. Pero yo resueltamente decidí rechazarlos todos mientras no recibiera algunas noticias de mi casa.

Las noticias vinieron al fin, pero solamente para aumentar mi amargura. Mi padre estaba preso en Rouan, esperando sufrir su condena por el crimen de haber favorecido la evasión de sus hijos. Su sentencia sería nada menos que ir á las galeras por toda su vida, á menos de comprar el perdón á costa de una apostasía, cosa que nadie creía posible en mi padre. A pesar de sus precauciones, Desideria y Luis cayeron pronto en manos de sus perseguidores, y siendo pequeños, los enviaron á recibir educación á los conventos; Luis á Evreux y Desideria á... No, no mancharé mis páginas con el nombre de aquel lugar. Dios sabe que me he esforzado por perdonar, como soy perdonado. Pienso ahora que perdono con todo mi corazón; no obstante, sin hacer daño á ningún sér vivo, de buena gana no dejaría piedra sobre piedra de aquella prisión horrible.

Después de un intervalo de dos ó tres meses, llegaron las noticias que se esperaban. Mi padre fué condenado á las galeras, y sus posesiones, no

confiscadas, sino adjudicadas á su hijo Luis, quien habiendo llegado á la edad legal de *siete* años, «había abjurado la pretendida Religión Reformada, convirtiéndose á la fe católica». Nadie podrá sorprenderse de la *conversión* de un solitario y desvalido niño, pero esto fué una gota más en la copa de nuestra amargura. La pobre María estaba inconsolable.

—Allí va vuestra herencia, señorito Gabriel—decía ella suspirando.—¡Pobrecito Luis! ¡Pensar que yo le he criado para esto! ¡Dios mío! ¿por qué no le llevaste, como á los otros pequeños que reposan, uno junto á otro, en el cementerio de Vaur? ¿Qué ha hecho el pobrecito inocente para que tu maldición cayera sobre él de este modo?

—Calla, calla, mujer—decía Champfort.—No hables de Dios de ese modo, como si pensaras que El es semejante al rey Luis. ¿Cómo puedes decir sobre quién ó sobre qué cae su maldición?

Nunca olvidaré la mirada de angustia con que mi nodriza respondió:

—Al menos, Daniel Champfort y yo podemos decir sobre quién vendrá su maldición, muy seguramente: sobre ti y sobre mí, que conociendo su verdad la hemos perjurado. «El que me negare delante de los hombres, yo también le negaré.» Pero esto te digo, esposo mío, y te encargo tener buen cuidado de no olvidarlo: cuando esté en mi lecho de muerte, que no tardará mucho, porque todas estas miserias están quebrantando mi cora-

zón, que no se acerque á mí ningún cura ó fraile, porque le maldeciré en su rostro.

Daniel Champfort era un hombre pacífico, y siempre sentía algo de terror por su enérgica esposa. Así él no le respondía; pero recuerdo, pensando en aquel tiempo, que él no parecía tener suficiente valor para arrostrar la horrible profanación del cadáver, y los crueles castigos aplicados á los supervivientes que accedían á la negativa del moribundo que no quería recibir los últimos sacramentos de la Iglesia.

Aquella noche me dijo Herberto:

—Gabriel, nada tiene usted que esperar por ahora, vámonos mañana. Hicimos el convenio de marchar cautelosamente á pie con dirección á Honfleur, donde Champfort tenía un pariente que nos ayudaría; así pensábamos en nuestro proyecto de cruzar el canal de Inglaterra.

—¿Por qué mañana?—pregunté yo con un poco de estremecimiento, temiendo la peligrosa aventura desde el principio.

—Porque es muy tarde para marchar hoy, y porque mañana, siendo día festivo, podemos dejar la ciudad con menos observación, como si fuéramos á dar un paseo por el campo.

—Concedido—dije,—pero con una condición: que venga usted conmigo donde yo vaya. Conozco que es sitio un poco extraviado, pero yo debo procurar ver á Desideria siquiera una vez.

—Gabriel, usted no puede verla, usted lo sabe.

—No lo sé enteramente. Yo supongo que los prisioneros pasean alguna vez, aunque sólo sea en el jardín del convento. Herberto, yo he pedido á Dios día y noche que me conceda ver su rostro de nuevo.

Herberto no hizo más objeciones, y al día siguiente partimos, como una pareja de aprendices que van de excursión en día festivo, llevando cada uno una alforja con provisiones para el día.

Herberto tenía diez y siete años, y como era muy alto parecía de más edad; era un joven varonil, franco, de pelo rizado y ojos azules. Yo, por el contrario, no representaba mi edad; tenía entonces quince años. Herberto llevaba los luises de oro de mi padre escondidos en un cinturón oculto debajo de la camisa. Me propuso que lleváramos la mitad del dinero cada uno, ó mejor aún, que lo llevara yo todo, alegando que algún accidente podía separarnos en el camino; pero yo no accedí á esto, pensando que el dinero estaría más seguro en su poder que en el mío. Algunas monedas llevábamos á mano para los gastos del camino.

Nuestra primera etapa terminó fácil y felizmente, aunque nuestros corazones estaban bastante agobiados, porque Herberto dejaba para siempre un hogar tiernamente amado, y mi despedida de mi pobre nodriza fué muy triste. Sin embargo, como aún éramos casi niños, insensiblemente nuestros espíritus se animaron con la

perspectiva de la aventura, con el goce de la libertad y la esperanza de vernos en salvo, aunque esto todavía estaba lejos. Al fin llegamos á las cercanías de aquel convento que no nombro. Estaba situado en una colina, y á sus pies parecía anidar una pequeña aldea en la cual encontramos fácilmente refugio por aquella noche.

Pasábamos á la sazón por hermanos, aprendices, el uno de lencero, el otro de zapatero, en Honfleur, adonde volvíamos después de visitar á nuestros parientes. Era peligroso decir que éramos guanteros, porque tal oficio pertenecía casi exclusivamente á los hugonotes.

Gasté bastante tiempo vagando alrededor de las sombrías murallas del convento, con la vana é ilusoria esperanza de vislumbrar siquiera el rostro que yo deseaba. Nada vi, y Herberto me instó á que continuáramos nuestra jornada en la mañana siguiente, sobre todo, por ser domingo, y porque nuestra ausencia de la misa sería ocasión de sospechas. Sin embargo, yo no podía resolverme á dejar aquel sitio; así, pues, propuse que, estando en la mitad del verano, y haciendo tan buen tiempo, saldríamos como para seguir nuestro camino, pero andaríamos por los alrededores como ovejas por los campos. Herberto se opuso tenazmente á esta pérdida considerable de tiempo. Pude comprender que él me juzgaba pueril é irrazonable, y en efecto, tenía razón. Pero uno más sabio que yo dirigió todo el negocio.

Encontramos un segundo lugar de descanso en un cobertizo perteneciente á un huerto, la puerta del cual no estaba cerrada, según creo, porque la fruta no estaba aún madura. Estábamos muy cómodos, y creo que gozábamos por la novedad de nuestra posición. Caí en un profundo sueño, del cual me despertó Herberto sacudiéndome, y llamándome para que me despertara prontamente.

Me desperté asustado, no esperando más que nuestro descubrimiento y arresto, y á duras penas me repuse con las primeras palabras pronunciadas por Herberto:

—Gabriel, el convento está ardiendo.

Me puse en pie, y dije al punto:

—Vamos, vamos á salvar á Desideria.

Estábamos ya fuera, en el camino, cuando pregunté á Herberto cómo llegó á saberlo. Respondió que como no podía dormir, se puso á pensar qué harían en el caso de que el propietario les cerrara la puerta del huerto antes de que nosotros nos levantáramos por la mañana. Intentando hallar un modo de salir, dejó el cobertizo y se encaramó en la tapia, desde lo alto de la cual vió el fuego.

No nos faltaba mucho para llegar al convento, que estaba situado próximamente á una milla del lugar donde nosotros dormíamos. Todos los sirvientes del lugar y muchos de los aldeanos estaban reunidos en confuso y aterrado grupo.

Unos gritaban una cosa, otros otra. Un pozo estaba cerca, del cual sacaban cubos de agua, que arrojaban en el fuego aquí y allá; pero sin orden ni método. Un ala del edificio estaba ya envuelta en las llamas, y en otras partes se veían las rojizas lenguas de fuego, asomando á intervalos. La gente sacaba muebles por la puerta mayor, y los arrojaba sobre la hierba.

Herberto se volvió á uno de los circunstantes, y le preguntó:

—¿Están en salvo todas las señoras?

—Sí, todas: la señora abadesa, las monjas, las pensionistas y las novicias escaparon á la primera alarma, y se han refugiado en una próxima casa de labranza.

Yo dije muy bajito á Herberto:

—Ella no está aquí, pues. Vamos de aquí. Quizá tengamos oportunidad de verla mañana.

—Espera un momento—dijo Herberto, que contemplaba la escena con más interés que yo.—Es una lástima ver una porción de sujetos valerosos obrando sin tino por falta de un poco de dirección.

—Bien—dije yo impacientemente,—no es negocio nuestro. Y puesto que no hay vidas en peligro, ¿qué nos importa lo demás?

—Es verdad. Nos iremos; pero antes, demos una vuelta por el otro lado para ver lo que se hace por allí.

Nada se hacía; el ala del edificio que miraba

al jardín parecía abandonada á su mala suerte. Una pequeña puerta trasera estaba abierta, que era quizá por la que habían escapado las enclaustradas. En el exterior todo era obscuro y silencioso. El interior estaba siniestramente iluminado.

De repente, Herberto se agarró á mi brazo, y murmuró:

—¡Mira!—señalando á una ventana en el tercer piso.

Yo vislumbré un rostro blanco muy próximo á los cristales, y conocí inmediatamente que era el rostro de Desideria. Corrí hacia la puerta; y ya estaba cerca de la ruinosa escalera, cuando Herberto me alcanzó, y sujetándome, dijo con imperioso tono:

—¡Atrás; usted no es bastante fuerte para esto! Ayúdenos desde abajo.

—Es mi hermana, mi hermana—dije luchando con él como un loco.

No había un momento que perder. Me encontré echado, ó más bien arrojado fuera de la casa incendiada, en menos tiempo del necesario para decir estas palabras. Yo quedé fuera esperando, y levantando mi corazón á Dios en angustiosa súplica.

Al punto desapareció de la ventana aquel rostro. Hubo un terrible intervalo, durante el cual vi aparecer nuevas lenguas de fuego y oí crujir cristales y caer cosas pesadas, probablemente las partes de la escalera. Durante este tiempo, que

me pareció interminable, se unieron á mí dos ó tres ociosos de la multitud, á los cuales pienso que dije:

—Hay alguien allí. Él ha ido á salvarla.

Pronto aparecieron en una ventana más baja dos figuras, saludadas por una exclamación del grupo, que aumentaba por momentos. Esta ventana, perteneciendo probablemente á alguna galería ó corredor, estaba abierta á causa del calor. No tenía más que doce ó catorce pies de elevación sobre el suelo. Después, hacia fuera, en estrecho pretil, vimos dos figuras que parecían negras sobre aquel fondo de fuego, una robusta y varonil, otra pequeña y ligera, sostenida como una niña en los brazos de su libertador.

—Échala, camarada, échala—exclamaron los del grupo con sus brazos extendidos para recibirla.

Herberto señaló al más alto y que parecía más fuerte en el grupo, gritándole:

—Usted acérquese más, amigo. Ahora, ¡pronto!, recíbala.

Arrodillado en el pretil de la ventana, fue bajando cuidadosamente su inconsciente carga, como para suavizar la caída ó acortar el trayecto lo más posible. Se hizo todo fácil y felizmente; un momento después, Desideria estaba echada sobre la hierba y yo estaba inclinado junto á ella. Descubrí que ella no estaba enteramente sin sentido, porque se movía, se quejaba y, finalmente,

porque tomó el vino que nos trajo uno de los circunstantes. Yo le pregunté si se había hecho daño, y ella murmuró algo que yo traduje por negativa; pero yo me figuré que estaba sobrecogida por el golpe y por el temor. Vi que no me reconocía, y temí darme á conocer, porque su sorpresa y agitación podría causar la ruina de ambos.

Mi atención se fijó en Herberto luego. Él había saltado con valor desde la ventana, y no llegó al suelo felizmente, sino que se hirió un pie contra una piedra. Lo vi desmayado en tierra, rodeado de gente compasiva que admiraba su arrojo, y procuraba hacerle volver en sí.

Yo me quité mi casaca y se la puse á Desideria, encargándole permanecer quieta donde estaba, hasta que yo volviera de prestar algún auxilio á mi amigo.

Este ya se reponía, y en respuesta á mi pregunta, pudo decirme que no tenía daño más que en el pie y que pronto estaría bien del todo.

—Quíteme usted—añadió—el pañuelo del cuello. No puedo deshacer el nudo y me oprime.

Apenas le di gusto, murmuró al oído:

—Escápese usted con ella inmediatamente, ó vendrán á recogerla otra vez. Váyase con ella al lugar donde dormíamos. Si no puedo reunirme con ustedes mañana al medio día, marchen sin mí á Honfleur.

Y luego, en alta voz, dijo:

—Gracias á ustedes, ya estoy mejor ahora.

Santiago, te encargo ir á casa y contar á nuestros padres lo que ha sucedido para que no estén con cuidado.

Me volví á Desideria, que parecía no haberse movido desde que yo la dejé, y le dije que debíamos marchar.

—¿Puedes andar un poco?—le pregunté.

Ella respondió:

—Sí.

Le ayudé á ponerse de pie, y coloqué su débil y descarnada mano debajo de mi brazo, sosteniendo sus vacilantes pasos lo mejor que podía, mientras nos escapábamos sin ser vistos en la suave sombra (porque no era enteramente obscuridad) de aquella noche de verano.

Pronto llegamos á la solitaria senda que conducía, entre campos de crecido trigo, á nuestro refugio en el huerto. Nadie pensó en seguirnos. Lo que vino á ser de la rescatada niña, parecía que no le importaba á nadie, al menos á ninguno del grupo que presenció la aventura.

—Aquí estamos en salvo—dije al fin, con un gran latido de alegría en mi corazón.—¡Oh, Desideria, mi querida hermana! ¡Gracias á Dios por haberte concedido volver á mí!

Ella no respondió palabra, pero yo apenas noté su silencio. No había lugar en mi corazón más que para la alegría, para una grandísima y loca alegría, porque yo la tenía conmigo otra vez, devuelta á mí, como si hubiera resucitado. Me

parecía haber recobrado mi hogar. ¡Cuán cariñosamente la trataría y la protegería! ¡Con cuánto esmero la guardaría yo de todo peligro, hasta que encontráramos otro hogar en la tierra de nuestro destierro, donde yo podría trabajar por ella y atender á su comodidad día por día! ¡Oh! ¡si al menos pudiéramos decir á mi padre que estaba rescatada Desideria, su amada Desideria! Yo empecé á preguntarle si sabía ella la triste suerte de nuestro padre.

—¿Has sabido algo de nuestro padre?—le dije en tono recio.

Ella respondió:—Sí;—pero en un tono débil é indiferente. Ella está todavía asombrada con el terror del fuego—pensé yo,—y sin duda está además rendida.

—¿Estás cansada, querida?—pregunté.

—Sí—repuso ella en el mismo tono.

—Bien—dije,—ya estamos cerca de nuestro lugar de descanso. Apóyate en mí todo lo que puedas.

La pobre niña era una carga muy ligera entonces; pensé que podría yo llevarla á cuestas.

—No empezaremos á hablar hasta que hayas descansado y tomes algún alimento. Me alegro mucho de tener pan y carne en mi alforja. ¿Tienes hambre?

El mismo *sí* mecánico é insensible fué su respuesta.

Llegamos al hospitalario cobertizo, y la colo-

Yo, sentado, velaba sobre mi tesoro, tan maravillosamente recobrado.

qué lo más cómodamente posible. Le di alimento y le presenté una copa de agua, recogida en un manantial que brotaba cerca, junto á unos árboles. Bebió el agua con ansia, pero comió poco. Como parecía medio muerta de cansancio, yo la hice una cama con algunas virutas que allí había; la cubrí con mi casaca y le aconsejé que procurara dormir, asegurándole que yo velaría y tendría cuidado de ella.

Cerró sus ojos y quedó prontamente dormida. La luz del día iba viniendo, y yo, sentado, velaba sobre mi tesoro, tan maravillosamente recobrado, con una mezcla indescriptible de sentimientos en mi corazón.

Un terrible presentimiento empezó á obscurecer mi alegría. ¿Por qué estaba mi Desideria tan extraña y tristemente cambiada? ¿Por qué no tenía ella ni una palabra que decirme, ni una pregunta que hacerme? ¿Qué habían hecho con ella? Su rostro, visto á la pálida claridad de la mañana, parecía siniestro y pálido; su cuerpo, enflaquecido y encogido. Pero, ¿consistía en esto todo su cambio? ¿Pasó el terrible azote sólo sobre su apariencia exterior? Yo deseaba que despertase para que acabara mi horrible temor, un temor que no puedo expresar en palabras, pero que me asaltaba, haciéndose mayor á medida que yo recapacitaba en lo que había pasado entre nosotros, y en lo que *no* había pasado, desde su rescate.

CAPITULO IV

LA HUÍDA

Desideria no durmió mucho; el sol había salido en todo su esplendor cuando ella se agitó, abrió los ojos y me miró. Aunque viva yo cien años, no olvidaré aquella mirada.

En vez del alegre y cariñoso saludo que yo esperaba por el goce de la recobrada libertad, por el placer de la reunión, hubo solamente una insensible y vaga mirada que me llenó de desesperación. Yo traté, aunque mis labios no me ayudaban, de pronunciar algunas palabras cariñosas; pero ella me miraba insensiblemente con aquella inexpresiva mirada de vaguedad. Parecía no conocerme. Sus ojos eran como los de Jaimecito, el nieto de la viuda, que con nada se animaban, ni aun con los juguetes que nosotros, compasivos niños, le traíamos del castillo, y á quien su pobre abuela hubiera deseado mejor verlo salvo con el

buen Dios, pues decía con frecuencia:—¿Por qué le ha hecho Dios de este modo? Seguramente *ésta* no era Desideria.

¿Se habría ido la verdadera Desideria al cielo con nuestra madre, quedando aquí solamente la envoltura, la forma exterior? Pero no. Yo no podía tener ni aun este consuelo. En mi agonía salí del corbertizo, y lanzando un lamento, me arrojé en tierra, inclinando mi rostro sobre la hierba. Una vez antes, en mi pasada amargura, yo había hecho esto; pero ahora no lloré. Uno llora sobre los muertos, sobre los benditos muertos, y mi Desideria no estaba muerta; aún vivía, pero era un cadáver viviente.

Yo pienso que por un rato estuve fuera de mí. Recuerdo que me retorcía en mi angustia; que golpeaba el insensible suelo en el furor de mi amargura, tanto que mis manos estaban estropeadas y doloridas. Yo tenía que pegar con algo, porque mi corazón estaba lleno de rabia. Contra Dios mismo me estaba yo rebelando, porque Dios había permitido tan terrible suceso; porque Dios se había burlado de mí, escuchando, sí, y respondiendo en apariencia á mi oración, y dándome en vez de pan una piedra.

La pobre Desideria fué quien me sacó de mi delirio. Vino hacia mí con lento y vacilante paso, y con las manos extendidas, como buscando protección. Supongo que no quiso permanecer sola en el cobertizo. Me levanté, le eché un brazo por

encima, estreché sus manos, y le dije con temblorosos labios:

—Desideria, hermana mía, ¿me conoces? ¿Conoces á Gabriel, tu hermano gemelo?

Una pensativa, triste y cariñosa mirada noté en sus ofuscados ojos. Ella parecía buscar algo que había perdido. Levantó la otra mano á su cabeza, como procurando recordar.

—Gabriel—murmuró,—sí, Gabriel.

Pero casi inmediatamente el rayo de luz se eclipsó en la obscuridad del vacío.

Sin embargo, creo que desde aquel momento ella me conoció. Parecía contenta en mi presencia, y casi siempre hizo ó procuró hacer lo que yo deseaba. Pero no parecía recordar á los ausentes miembros de la familia, ni mostró interés alguno cuando yo le hablé de ellos. No fué capaz entonces, ni después, de decirme algo de sus experiencias desde que nos separamos. Solamente por su demacrado semblante y por ciertas señales que yo vi después, pude adivinar los sufrimientos de cuerpo y de espíritu que había tenido que sufrir en este período de su vida (1).

Antes de este tiempo no se me ocurrió odiar á nuestros perseguidores, ni invocar la venganza de Dios sobre ellos. Yo era entonces muy niño y no tenía pensamientos propios. Además, el rey

---

(1) Otras muchas niñas en iguales circunstancias sufrieron crueles tratamientos. Un caso bien conocido es el de Isabel Sirven. cuya historia conmovió al mismo Voltaire. *(N. del A.)*

Luis y sus malos consejeros estaban muy lejos de nosotros; los considerábamos como ministros de una terrible fatalidad, ó, mejor dicho, como instrumentos en manos de la Providencia. Habíamos sido cuidadosamente enseñados á derivar los sucesos de su última y más elevada causa y á atribuir cualquiera prueba, no á la maldad de nuestros semejantes, sino al justo juicio de Dios que nos castigaba por nuestros pecados. Ni por mi padre, condenado á las galeras, ni por mi hermano, arrebatado de nuestro hogar, sentí yo la fiera pasión del odio, la ardiente sed de venganza, que la vista de Desideria infundió en mí. Pienso que no hay martirio que yo hubiese dejado de aplicar á aquellas malditas monjas, seres en forma de mujer (¿eran mujeres ó diablos?) que habían hecho sufrir tanto á una inocente y desvalida niña. ¿Por qué no permitió Dios que pereciera en el incendio del convento, como sacrificio vivo al dios Moloch que ellas adoraban? Ahora comprendía yo toda su vileza. Avergonzadas de su obra, y cansadas de una pesada carga, ellas habían dejado á mi pobre Desideria, de propósito, entregada á una horrible muerte. Al menos en esto era yo injusto con ellas, como luego comprendí. Pero ¿qué significaba esto? Todo crimen y toda crueldad era creíble.

Desgraciadamente, ellas no dejarían de preguntar por la rescatada, y procurarían recobrar su cautiva, siquiera por ocultar al mundo su in-

famia. Pero ellas no la tocarían más, ¡nunca! Yo lucharía por ella y la defendería hasta mi último aliento; no, yo la mataría con mis propias manos antes que entregarla á ellas. Pero ¿cómo podría yo, pobre niño, y acostumbrado al apoyo de otros, sacarla en salvo á través de todos los peligros que nos cercaban? Con todo mi corazón deseé que viniera Herberto. ¡Si él se reuniera con nosotros! El me diría lo que era necesario hacer; de seguro, según su promesa, pensaría y hablaría por los dos.

Como el día avanzaba y él no venía, empecé á sentir honda ansiedad. Dí á Desideria el poco alimento que había reservado para ella, la cual estaba, afortunadamente, sosegada y tranquila, contenta de reposar en su lecho de virutas, no durmiendo, sino descansando, porque evidentemente estaba débil y extenuada. Me desconcertaba la larga ausencia de Herberto, porque él llevaba aún el cinturón que contenía mi pequeña fortuna. No era el pensamiento de esta pérdida lo que más me turbaba, porque en aquel tiempo no me preocupaba yo mucho del dinero, pero temía que fuese un arresto la causa que impedía á Herberto el reunirse con nosotros.

Como pasara el tiempo y él no pareciese, fué absolutamente necesario para nosotros emprender la marcha sin él. Guardar á Desideria por más tiempo en aquellos lugares era exponerla á la temida captura. Pero sin Herberto, que había sido

hasta entonces mi guía y consejero, yo me sentía muy niño, y sólo en un mundo enemigo. No me atrevía á pensar en los peligros que me amenazaban á cada paso, y más aún á mi desvalida hermana. Naturalmente, la presencia de Desideria, y la necesidad de ocultarla, aumentaban mis dificultades. Arrodilléme en el cobertizo, y pedí á Dios ayuda y dirección. Yo hubiera deseado que Desideria se arrodillase junto á mí, pero ella se resistió mostrando tan fuerte repugnancia á tal postura, que supongo debió recordar algunos actos de crueldad cometidos con ella para obligarla á practicar ceremonias supersticiosas.

No pude dirigirme aquel día á mi Padre celestial, con aquella tierna y feliz confianza que antes experimentaba. La rabia y la amargura que llenaban mi alma, se levantaron como un muro de separación que parecía ocultarme la vista de Dios. Sin embargo, creí que Él me oiría y me ayudaría, al menos por amor á la pobre Desideria. En efecto, al levantarme vi mi camino más claramente. Era ya más de medio día, de modo que no había duda de que Herberto había sido impedido de venir con nosotros. Tomé á Desideria de la mano, y le dije simplemente:

—Vamos.

Salimos del cobertizo y del huerto, y entramos en el camino.

La más apremiante necesidad nuestra era un cambio de vestido para Desideria: aún llevaba el

uniforme de pensionista del convento, lo cual la exponía á ser descubierta. Bueno fué para mi conservar en mi pequeña bolsa algún dinero del que llevábamos á mano para el camino, y que consistía en dos luises de oro y alguna plata. Era posible comprar lo necesario; pero, ¿cómo hacerlo? Si yo llevaba á Desideria en mi compañía á cualquiera ciudad ó pueblo, su traje nos delataría, mientras que, por otra parte, no podía yo aventurarme á dejarla sola.

Cuando me encontraba desanimado y abatido, mi Padre Celestial manifestó su gracia enviándome precisamente el auxilio que yo necesitaba.

Nos encontramos á una niña campesina, limpiamente vestida con su sencilla ropa de día festivo y llevando un canastillo, cuya vista me recordó por primera vez que era domingo por la tarde. Entablé conversación con ella, preguntando por el camino, y la encontré dispuesta á ser amistosa y comunicativa. Díjome que iba á visitar á su abuela, y á llevarle una torta amasada por ella. El que no haya estado bajo la férula de ese maestro cruel que se llama *miedo,* no puede comprender la maravillosa facilidad y frescura que adquieren sus discípulos para inventar fábulas que parecen historias. Yo era á la sazón aprovechado en este arte, y había vencido el sentimiento de repugnancia que antes me impulsaba á detestar la mentira. Así, le dije, con el aire más inocente,

que nosotros nos encontrábamos en gran dificultad; que yo había estado visitando á mi hermana, la cual era pensionista en un convento próximo, y que locamente la induje á salir conmigo; que si nos cogían, á ella la encerrarían en un cuarto á pan y agua, y á mí me castigaría muy severamente mi amo.

—Pero—añadí,—si yo pudiera llevar á mi hermana en salvo hasta Honfleur, donde viven nuestros padres, ellos reconciliarían á mi hermana con la señora abadesa y á mí con mi amo, y todo se arreglaría bien, prometiendo nosotros ser más juiciosos en adelante. Si yo tuviera un vestido menos llamativo para mi hermana, lo demás yo sabría cómo arreglarlo.

Dicho esto, le mostré un brillante luis de oro, que sería suyo si consentía en cambiar de vestido con Desideria. Pienso que la campesina no estaba acostumbrada á ver tanto dinero; me dijo que ella nunca había poseído ni aun medio escudo. Sus ojos azules se abrieron desmesuradamente con admiración y placer; y ella propuso gustosamente ceder en el negocio hasta el canastillo con la torta, si le agradaba á la señorita, teniendo ella que volver á su casa, pues no podía ir á visitar á su abuela vestida como una Hermana de la Caridad. Inmediatamente se llevó á Desideria á un campo inmediato, del cual salieron bien pronto, Desideria con una saya de lana azul, una chaqueta blanca demasiado ancha para ella (defecto

que se subsanó con un pañuelo carmesí, puesto sobre el cuello y cruzado sobre el pecho), y con una cofia alta, blanca y bien almidonada, y la campesina vestida de pensionista. Nuestra nueva amiga debió notar inmediatamente su grotesca figura, pero no puso la menor dificultad. Yo le supliqué guardara el secreto de nuestra pequeña transacción hasta llegar á su casa, y ella prometió no decir nada sino á sus padres, á quienes entregaría la moneda de oro y quedarían «¡oh! muy agradecidos al señorito». Nuestra despedida fué amistosa en extremo.

Temiendo que nos persiguieran, hice á la pobre Desideria andar tanto y tan de prisa, que casi llegó á estar extenuada. Encontramos refugio durante la noche en un apartado grupo de chozas, cuyos moradores recogían cortezas de roble para los curtidores, en un bosque próximo. No puedo recordar si fué al día siguiente ó dos ó tres días después, cuando oí á un forastero en la tienda de una aldea, donde yo entré á comprar pan, referir la historia del incendio del convento. Dijo que una pensionista, cuya salud era delicada, había sido accidentalmente olvidada, porque estaba en la enfermería, lejos de sus compañeras; que la abadesa casi se volvió loca al saber la omisión, y dió por perdida á la pobre niña; que al mismo tiempo un valeroso joven forastero la había librado con peligro de su vida; que dicho joven seguía enfermo á causa de las contusiones

que recibió, mientras la pensionista, que era de poca inteligencia, había desaparecido en la confusión; pero se ofrecía una considerable recompensa á quien la descubriera, restituyéndola á sus guardianes.

Tales nuevas me decidieron á continuar nuestro viaje con la mayor urgencia hasta Honfleur, donde el primo de Champfort nos ayudaría, según mis esperanzas, á escapar por mar á Inglaterra. Allí, además, esperaba yo que Herberto pudiera reunirse con nosotros. Pero sucediera esto ó no, yo había resuelto no despreciar la oportunidad que nos ofreciera pasaje á Inglaterra, tanto para mí como para mi pobre hermana.

Admiro muchas veces el caprichoso modo cómo la memoria funciona ó deja de funcionar. Hasta llegar á este punto de mi narración, cada incidente, y aun cada palabra que influyó de algún modo en mi vida, se presenta con toda claridad á mi memoria, como á mi vista se presentaban las ramas y hojas del peral que había junto al convento la noche del incendio; pero los detalles de mi posterior viaje se han borrado en su mayor parte de mi mente. Recuerdo que, á causa de la debilidad de mi hermana, nuestro andar era muy lento; que algunas veces perdíamos nuestro camino, ó nos extraviábamos de intento para evitar ser observados, y que encontrábamos refugio casi siempre en las chozas ó casas de campo, donde hallábamos gente sencilla y de mucha

humanidad que se compadecía de nuestra desgraciada situación. Estoy enteramente seguro de que algunos de ellos adivinaban la verdad acerca de nosotros, porque se les escapaban expresiones de compasión hacia los hugonotes, con intención de que las oyéramos; motivo por el cual recuerdo con mayor gratitud el auxilio que nos prestaron en nuestro camino. Más de una vez nos encontramos con personas de nuestra misma fe, que, ó bien se habían sometido á una conversión nominal, y eran llamados, por consiguiente, *nuevos católicos,* ó bien habían podido resistir ó evadirse á la persecución.

Pero en Honfleur me estaba reservado un gran desengaño. Encontré al pariente de Champfort, á quien iba yo recomendado. Se llamaba Lupon, y era un comerciante rico en tejidos de hilo que, como Champfort, se había conformado con «la religión del rey»; pero su apostasía fué mucho más allá que la del honrado guantero de Candebec. Aseguróme que el proyecto de evasión era impracticable. No sólo estaban los buques de aquellas costas sujetos al más minucioso registro, sino que además, por haber sido los fugitivos frecuentemente ocultados en barriles y en fardos de mercancía, se adoptó el plan de fumigar las bodegas de cada barco con un gas tan venenoso, que ningún sér viviente podía quedar allí vivo (1).

---

(1) Histórico.

Recordóme, además, que si yo era descubierto en la tentativa de abandonar el país, podía estar seguro de que si no me mataban (como era posible), mi destino serían las galeras por toda mi vida, añadiendo horribles narraciones de las crueldades que cometían con los esclavos hugonotes en las galeras.

Recuerdo con tristeza la respuesta que le di. Volvíme á Desideria, que estaba de pie oyendo, pero no comprendiendo, nuestra conversación, y cogiéndola de la mano, dije:

—Prefiero ser aplastado vivo debajo de una rueda, antes que postrarme antes los altares de los que tanto han maltratado á mi hermana.

El señor Lupón meneó tristemente la cabeza.

—Eres un valiente niño—me dijo;—admiro tu valor, pero verás cómo no resiste. Todos nosotros hemos tenido que someternos á la voluntad del rey, y lo mismo harás tú. Si Dios hubiera querido que resistiéramos, nos hubiera abierto algún camino posible para escapar.

Llegó á ofrecerme con mucha ternura casa para mí y Desideria, mientras quisiéramos vivir con ellos, con tal de manifestar nosotros siquiera la más fría y aparente conformidad con la Iglesia católica. Pero él no podía poner su cuello en el tajo, y arruinar á su esposa é hijos por favorecer nuestra huída; pues por un reciente capricho de la tiranía, mientras el fugitivo era enviado á las galeras, el cómplice de su huída era reo

de pena capital. Nunca pude comprender la razón de esto, si razón hubiera, á no ser reconociendo el hecho de que las galeras eran peores que la misma muerte.

No acepté la hospitalidad ofrecida por el señor Lupon, y dejando un recado para Herberto, emprendí de nuevo mi fatigosa peregrinación con mi pobre hermana al lado. Mi plan, si plan podía yo tener, era esperar oculto en la orilla del mar, con la remota esperanza de encontrar en un sitio ú otro algún bote ó barco que pudiera recogernos y nos transportara á Inglaterra. Pensé que en Cherburgo, si no más cerca, sería esto factible. Evocando mis sentimientos de aquel tiempo, veo tanto de odio y amargura, tanto de la ira del hombre que no obra la justicia de Dios, que estoy maravillado de su bondad al permitirme darle testimonio y al llamarme para llevar su cruz. Seguramente el sacrificio que yo ofrecí sobre su altar era imperfecto y manchado; pero creo que Dios lo aceptó por amor de aquel otro sacrificio puro y perfecto, en el cual no hubo mancha ni aun sombra de pecado.

Entretanto, nuestra vida de constante ejercicio al aire libre fué restaurando insensiblemente la salud corporal de Desideria.

Con la mejoría aparecieron los destellos de su inteligencia, que, lánguidos é intermitentes al principio, me hicieron, sin embargo, concebir la esperanza de que mi Desideria podría volver á

ser lo que era antes, la verdadera Desideria. No adelantaba yo mucho hablándole, como al principio, de nuestro hogar, de la infancia que pasamos juntos. Pero algunas veces, cuando yo recitaba un texto familiar ó un himno aprendido sobre las rodillas de nuestra madre, ella parecía recordar las palabras; una ó dos veces completó el versículo ó la estrofa que yo había empezado. Se complacía en llamarme por mi nombre, diciéndome, por ejemplo: «Estoy cansada, Gabriel; dame pan, Gabriel.» Mostraba franca alegría cuando nos reuníamos después de nuestra separación por la noche, aunque estoy seguro de que las mujeres de las casas donde recibíamos hospitalidad, y á cuyo cuidado yo la encomendaba, siempre mostraron hacia ella la mayor amabilidad.

Al fin llegamos á la costa occidental. Muchas veces contemplé las azules aguas, símbolo de la suspirada libertad, con un ferviente deseo de que Dios, que hizo un sendero en medio del abismo para que pasaran sus rescatados, interviniera de un modo análogo en favor de su afligido pueblo en Francia, aplastado bajo el pie de un tirano mucho más cruel que el Faraón de Egipto. Pero la edad de los milagros había pasado.

¿Pero había pasado? Paréceme ahora, aunque la lección me costó años de aprender, que la fe y paciencia de nuestros santos y mártires fué un milagro mayor que su liberación hubiera sido;

que era cosa más admirable ir á través del mar con Cristo, que haber sido conducido á pie enjuto por un nuevo Moisés cruzando el Canal hasta llegar á las verdes y risueñas orillas de una nueva Tierra Prometida.

Aunque Dios permite á veces que los suyos padezcan, en muchas ocasiones interviene maravillosamente con su Providencia para librarlos, y les permite escapar á tierras más favorecidas donde puedan adorarle en paz. Supongo que en estos casos Dios vió que ellos no eran bastante fuertes para el martirio, ó que Él tenía designios con respecto á ellos en tierra extranjera.

Una mañana, Desideria y yo estábamos paseando por el alto de una colina, cuando vimos un hermoso coche con su postillón, sus lacayos con galones dorados, y no sé qué más. Dentro venían dos caballeros y tres señoras, pero no me fijé particularmente en ellas, porque observé que los viajeros estaban en dificultad. La pendiente era muy inclinada para los caballos, y éstos se resistían á seguir. Sin embargo, era peligroso, si no imposible, parar en aquel punto. Antes de que los criados tuvieran tiempo de aligerar (lo que debieron haber hecho antes), corrí prestamente con una piedra en cada mano, y colocándolas debajo de las grandes ruedas traseras, alivié á los caballos del peso del carruaje, facilitando la parada, á fin de que los pasajeros pudieran apear-

se. Hiciéronlo así, un caballero que parecía el jefe de la expedición, según daba órdenes, y un joven que podía ser su hijo, el cual cuidaba de las señoras. Una de éstas, joven muy bella, salió prontamente, y llegándose al caballero, vi que llamó su atención hacia mí, como indicándole que me diera las gracias por el pequeño servicio que yo les había prestado. Ambos se volvieron hacia mí, y con grande asombro observé que la señorita era Amada de Vigny. No conociendo yo á sus acompañantes, temí manifestar que la conocía; pero á fin de darle oportunidad de reconocerme, si ella lo tenía por conveniente, la miré con simpatía, me descubrí y le hice una marcada reverencia en señal de gratitud por las cariñosas palabras que sobre mí habían hablado.

Tuve gran regocijo al oír su exclamación hecha en alta voz, como si nada tuviera que temer:

—¡Tío, tío, es Gabriel de Vaur!

Un rápido cambio de mutuas explicaciones siguió, y pronto supe que ellos también huían de su tierra nativa. Amada me presentó á su tío, el señor de Belmont, y me llevó á su madre, la cual me abrazó llena de agitación y ternura. Pidió noticias de mi familia, y le referí en pocas palabras la triste historia, añadiendo que Desideria estaba conmigo; pero si la señora quería verla, debía prevenirse para una gran sorpresa, porque mi hermana no era actualmente la Desideria de otros tiempos, y quizá ni aun reconocía á sus amigos.

—¿Verla?—dijo el señor de Belmont, que se acercaba;—naturalmente, queremos verla. No vamos á separarnos del hijo y de la hija del mejor amigo de mi hermana. Si ustedes unen su suerte con nosotros, haremos lo mejor que se pueda para vernos salvos en tierra inglesa.

CAPÍTULO V

CONCLUSIÓN DE LAS MEMORIAS

Yo estaba mudo de alegría y de gratitud, y fuí gozosamente á encontrarme con Desideria, á la cual había dejado sentada á un lado del camino. Amada me acompañó espontáneamente.

—Mi tío es tan bueno, tan listo—exclamó ella, hablando rápidamente, como solía,—él ha concertado sus planes tan bien, que difícilmente pueden faltar. Un bote ha de venir esta noche por nosotros á un punto solitario de la costa, no lejos de aquí, y nos llevará á un barco inglés que nos espera.

—Pero yo pensaba—dije—que tu tío era católico.

—El *se conformó* hace veinte años por alcanzar un buen empleo del Gobierno, y poder así casarse con una señorita á quien amaba mucho. Pero ya se arrepintió de su apostasía hace tiempo, y ahora, cuando tantos están sufriendo por

su fe, él no puede soportar por más tiempo el remordimiento y el disimulo. El quiere correr la misma suerte que nosotros, y todos vamos á escapar juntos. Pero aquí está Desideria. No... ¿es ésta Desideria, Gabriel?

El encuentro fué muy triste. Desideria estaba fuera de sí, aterrada, no pudiendo comprender que la niña era una amiga, y antigua; ésta, entretanto, no podía contener sus lágrimas. Solamente teniendo yo bien agarrada la mano de mi pobre hermana, pude tranquilizarla é inducirla á estar en el grupo de las personas desconocidas y á entrar luego en el carruaje. La señora joven y el caballero, que yo no conocía, manifestaron ser parientes del señor de Belmont, á quien acompañaban en su huída, y el caballero consintió muy cariñosamente ir fuera del coche para que Desideria y yo fuésemos juntos.

Continuando la marcha, nuestros amigos me contaron nuevos detalles de su viaje y de sus planes. La anciana tía de la señora de Vigny murió poco después de la precipitada marcha de la familia, de la residencia del señor de Belmont. Después de aquel suceso, la persecución tomó un aspecto horrible, esperándose de un día á otro la visita de los dragones, con todos los incalificables ultrajes que ellos solían inferir, especialmente á las señoras. Entonces fué cuando el señor de Belmont tomó su decisión, escogiendo mejor el vituperio de Cristo que los tesoros de Egipto.

Adoptó para su evasión un atrevido y bien concertado expediente. La seguridad que otros buscaban ocultando su rango y escondiendo sus riquezas, él esperó encontrarla exagerando aquél y gastando éstas generosamente. Así él viajó con tal boato, que todos le tomaron por un intendente de provincia, cuando menos; y en un país donde la subordinación al rango y á la dignidad se lleva hasta el mayor extremo, la gente se preocupaba poco en revisar los pasaportes ó en indagar el destino del personaje (1). Si algún oficioso, guarda ó empleado, se atrevía á preguntar algo, el señor de Belmont sabía bien cómo amilanarle, desde la gran eminencia de su dignidad, con una palabra ó con una mirada de desprecio. El cochero, los lacayos y los postillones eran todos caballeros protestantes del vecindario que realizaban la misma fuga bajo semejantes disfraces. Entretanto, un hábil agente había sido mandado al Havre, en apariencia, para tratar del embarque de la sidra de manzana y peras, por las cuales los huertos del señor de Belmont eran famosos; pero, en realidad, para arreglar con el capitán de un buque inglés, al cual iban consignados aquellos productos, que dicho buque se acercara á un punto solitario de la costa, desde donde un barquero espléndidamente retribuído nos conduciría á bordo.

---

(1) Este expediente fué también adoptado por M. Picton. *N. del A.)*

Hasta aquí todo iba perfectamente, y nuestros amigos estaban de buen ánimo, siendo más que compensada su natural pena ante la perspectiva del destierro, por la esperanza de una pronta liberación de aquel estado de continuo peligro y alarma. La señora de Vigny y Amada, mejor dicho, la señorita de Vigny y yo, estábamos, sin embargo, muy preocupados con la pobre Desideria, porque ellos apenas podían reprimir las lágrimas cuando estrechaban su descarnada mano, la acariciaban y la hablaban tiernamente, procurando, pero en vano, tocar alguna cuerda del recuerdo en su obscurecida inteligencia. Sin embargo, aunque no había aparente respuesta al amor que ellas le manifestaban, yo pronto vi que ella confiaba y se complacía en sus compañeras, especialmente en Amada, con la cual estaba muy contenta, cuando al fin llegamos á la costa y nos apeamos del coche.

Juntéme á los caballeros que estaban soltando los caballos. Estos quedaron sueltos, y dejamos el coche donde él mismo paró; sacando las capas y mantas, las trajimos hasta la ribera y las extendimos en la arena para que se sentaran las señoras. Estábamos á la entrada del otoño, y la noche era fría; soplaba un viento fresco y penetrante; pero la luna llena brillaba sobre nosotros y plateaba las agitadas olas.

El señor Favre, el joven primo del señor Belmont, que me había cedido su asiento en el ca-

rruaje, me entregó un canasto con provisiones y un frasco de vino, diciéndome que fuera donde estaban las señoras y las animase á tomar algún refrigerio, puesto que quizá tendría que esperar un buen rato hasta que el bote apareciera. En esto, yo vi el acero de su pistola brillar á la luz de la luna. Él observó mi curiosidad, y dijo:

—Todos venimos armados, porque hay patrullas enviadas para recorrer y vigilar toda la costa, que pueden venir sobre nosotros en el momento menos pensado. Si los vemos venir, les haremos fuego, y antes que ellos se repongan de su sorpresa, realizaremos nuestra huída. Por eso te digo que vayas con las señoras, y pienso que es mejor que esperes con ellas. Estás desarmado y, por decirlo así, eres solamente un niño.

No me agradó que me llamaran niño. Me dirigí á las señoras, y con gratitud vi lo bien que trataban á Desideria, y especialmente la señorita Amada, que se quitó de sus hombros un hermoso chal, y cubrió el demacrado cuerpo de su antigua compañera de juegos.

Después de una larga y cansada espera, no turbada por incidente alguno, vimos un bote con cuatro remos aproximarse á nosotros. Venían dos hombres en él, uno de los cuales saltó á la orilla y nos metió prisa, diciendo con temerosa y apagada voz:

—Pronto, pronto, señoras y señores. No hay que perder un momento. Hemos visto las velas de

la fragata no muy lejos, y tenemos que hacer todo lo posible por que no nos alcance.

—¿Cree usted que lo conseguiremos?—preguntó el señor de Belmont acercándose.

—Bueno, señor, probaremos. No puedo decir más, y bastante digo, puesto que importa *esto*. Y pasó su mano de un modo muy significativo por delante de su cuello.

—Ahora ayudemos á las señoras á entrar en el bote, y quizá un par de estos caballeros tenga mientras un remo.

Él movió su cabeza cuando vió que éramos once personas.

—Dos más de lo tratado—murmuró.

—No importa, amigo; hay más luises de oro destinados para usted en mi bolsa.

—Bueno, señor; pero, ¿y si nos vamos á pique?

—Mejor será eso que dejar uno de los nuestros en tierra. Vamos, no hay tiempo que perder.

Pronto fuimos empaquetados, según observó el señor de Favre, como sardinas en cuba. El y uno de los uniformados lacayos cogieron los remos. El señor de Belmont manejaba el timón, y colocamos á Desideria, que estaba aterrada á la vista de las olas, en el fondo del bote, y yo me coloqué á su lado.

Estábamos sobresaltados porque la marcha era muy lenta, aunque los remeros se esforzaban. Al principio ningún objeto era visible en la superficie de las aguas. Pero luego el barquero lan-

zó un grito de gozo y señaló hacia un punto distante.

—Allí está; tirad con violencia lo más que podáis.

Era necesario bogar con brío, porque casi al mismo tiempo divisamos á nuestra implacable enemiga, la fragata, apostada para vigilar la costa. Parece mentira que una vista tan agradable como la de una vela blanca sobre las azules aguas nos llenara de terror y de una angustia más amarga que la muerte.

Transcurrían lentamente aquellos minutos, los más largos que he conocido en mi vida. Aunque los remeros redoblaban sus esfuerzos, nos parecía que no adelantábamos. Al fin pareció que ambos barcos se acercaban insensiblemente. Inferimos que desde ambos nos habían visto, que ambos se aproximaban á nosotros, y que seríamos presa del que primero nos cogiera. El viento, soplando directamente hacia la orilla, era igualmente favorable á los dos. Bogábamos hacia el barco inglés con todo el esfuerzo de la desesperación.

Reinaba un profundo silencio, turbado solamente por alguna breve palabra cambiada entre el señor de Belmont y el barquero. Si mirábamos los rostros de todos, los veíamos horriblemente pálidos al resplandor de la luna, pero rara vez mirábamos sino á los dos negros cascos, ya en plena luz, de los cuales uno parecía muy lejos y

otro terriblemente cerca. Oíamos, como si no oyéramos, el ruído de los remos, y de vez en cuando el graznido de la gaviota.

De repente, la voz de Amada turbó el silencio. Creo que no tuvo intención de hablar tan recio, sino que lanzó inconscientemente un eco que llenaba su corazón.

«Jesús los vió fatigados remando, porque el viento les era contrario; y á la cuarta vela de la noche, Él vino á ellos andando sobre las aguas.»

Todos los corazones se estremecieron, é instintivamente miramos á través de las aguas, donde los rayos de la luna dejaban su luminoso trazo, como buscando una forma ó una aparición en la cual se desvanecieran todos nuestros temores.

Aunque no vimos á Jesús, tuvimos al menos la evidencia de su protector cuidado.

—Los santos bendigan vuestro dulce rostro, señorita—dijo el barquero, descansando un momento sobre su remo;—vuestras buenas palabras nos han traído socorro. La fragata *no sigue acercándose.*

Era verdad. Ya fuese porque no nos habían visto desde la fragata, y los movimientos que excitaron nuestros temores habían sido meramente encaminados á indicar al buque inglés (que claramente estaba fuera de su rumbo) como estaba vigilado y amenazado, bien fuese por otro motivo, el caso es que la idea de perseguirnos había sido desechada. Tal vez por impotencia de alcan-

zarnos ó porque el jefe no tuviera corazón para cumplir sus órdenes, intencionalmente dejó escapar su presa. «Los que descienden á la mar en navíos han visto las maravillas de Dios.»

Después de esto, el tiempo pareció corto hasta que nos encontramos bajo la deseada sombra del transporte inglés. Desideria, como la más débil de todos, fué la que primeramente pasó de la barca á los extendidos brazos de cariñosos y desconocidos amigos que habían hecho tanto por nosotros. Después las otras señoras fueron ayudadas á subir, y los demás las seguimos tan pronto como nos fué posible. Hízose un ofrecimiento al barquero, de que permaneciera con nosotros, porque temíamos que fuese capturado antes de llegar á su casa; pero él lo rehusó, prefiriendo correr algún riesgo antes que perder su bote.

Entretanto, la tripulación y los oficiales del barco inglés nos rodearon, dándonos la más cordial bienvenida. Entonces, el señor de Belmont se descubrió, y en breves palabras, llenas de emoción, dió gracias al Todopoderoso por nuestra liberación. Todos respondimos alegremente *amén*, todos, excepto una que no conocía su seguridad, como tampoco había tenido conciencia de su peligro. Para colmar la medida de nuestro gozo, el viento cambió, y los marineros se ocupaban en colocar las velas de modo que recogiesen las favorables brisas que nos conducirían pronto al puerto deseado. Así fué, que después de una feliz

travesía por el Canal, sin encontrar nuevas aventuras, desembarcamos en Plymouth con paz y seguridad.

Aquí, tal vez, debo concluir estos breves recuerdos de mi niñez. Pero hay una ó dos cosas que debo mencionar todavía. El señor de Belmont y su acompañamiento, que traían consigo una parte considerable de sus bienes en dinero y en alhajas, se establecieron en Greenwich, cerca del excelente marqués de Rubigny, cariñoso amigo y generoso protector de sus compañeros de destierro, bajo cuya sombra viven tantos de ellos en tierra extranjera. Por la influencia de éste, el caballero más joven obtuvo un empleo en el ejército inglés, cuando el rey Guillermo ocupó el trono. Yo fuí cariñosamente invitado á vivir con mis amigos, por supuesto quedando Desideria en mi compañía.

Si alguien me criticara por haber rehusado tan generosa oferta, yo diría solamente que no conoce todas las circunstancias. Encontramos en Inglaterra una multitud de desterrados por causa de su fe, que se veían enteramente desamparados. Cada día llegaban nuevos emigrantes, y la minoría, comparativamente pequeña, de personas que, como el señor de Belmont, disponían de algún dinero, no podían cerrar sus corazones ni sus bolsas á las necesidades de sus infortunados compatriotas.

Debo añadir que el pueblo inglés vino en nues-

tra ayuda con la mayor liberalidad; pero ni aun así bastaban sus espléndidos donativos para hacer frente á las necesidades, cada día mayores. Fué urgente, pues, que todos los que podíamos mantenernos con algún trabajo, lo hiciéramos. Oyendo que algunos de Caudebec se habían establecido en Southwark, los visité, encontrándolos deseosos de practicar su antiguo oficio, la industria de los celebrados sombreros de Caudebec, puesto que poseían valiosos secretos para la preparación de los materiales. No me interesé mucho en esto; pero, afortunadamente, encontré entre ellos algunos guanteros que procuraban montar en pequeña escala su industria. Recordando lo que yo aprendí en Caudebec, ofrecí mis servicios, y pronto hallé que en la *feliz Inglaterra* no carece de pan el que tiene buenas manos y habilidad para emplearlas en cualquier trabajo honrado.

Mis amigos se escandalizaron al pronto de mi conducta, no pudiendo comprender que yo prefiriera ser un trabajador en Southwark, mejor que ser un señorito sin un céntimo en Greenwich. En vano fué que yo citara las sabias palabras del rey Salomón: «Mejor es el despreciado que se vale á sí mismo, que el noble que carece de pan.» Me respondían diciendo que nunca me faltaría pan, mientras ellos tuvieran un pedazo.

—Es verdad—replicaba yo;—pero el pan que me dieran, podía servir para alguno más pobre y desamparado que yo.

Lo que más me apenaba era que á la señora de Vigny nunca pude convencerla para ver las cosas desde mi punto de vista.

—¡Un de Vaur, mi querido amigo! ¡Un *de Vaur!*—solía repetir, como si resolviera la cuestión.—¡Para un de Vaur, coser guantes á tantos céntimos el par! Esto confunde mis ideas, y me parece bastante para trastornar el orden social.

Yo respondía:

—Mi padre rema en una galera por amor á Cristo, y vosotros todos le honráis por esto; ¿por qué, pues, será el hijo deshonrado si cose guantes por amor á Cristo?

Mis amigos entonces ofrecieron hacerse cargo de Desideria, mostrando en tal ofrecimiento mucha solicitud y ternura. Pero yo les dije, conmovido, que Dios *me* la había dado para que yo cuidase de ella. Así, pues, nos trasladamos á esta ciudad, donde hemos vivido desde entonces, seguros y recogidos con muchas bendiciones, por las cuales estamos agradecidos. La salud de Desideria ha mejorado, y ella parece feliz, especialmente desde que puede devanar seda para nuestros vecinos, que continúan su antigua industria de tejidos. Creo que ella tiene más inteligencia de lo que parece, y comprende lo que no puede expresar. No quiero dejar de ver su querido rostro, ni privarme de su silenciosa y amable compañía.

Reconozco que al principio su irreparable pérdida me costó más lágrimas y más angustia

que el hecho de estar mi padre en galeras, ó mi hermanito aprendiendo á maldecir la fe que adquirió en las rodillas de nuestra madre. Yo podía comprender un martirio voluntario, una apostasía forzada; pero aquí, la misma inteligencia que quiere y escoge, la persona misma, parecía completamente perdida para mí. Perdida, no como los muertos, de los cuales sabemos que viven y aman en otro lugar, sino desvanecida, aniquilada, como una sombra ó como la imagen de un espejo. Mi padre estaba en Tolón ó en el mar, mi madre en el cielo, Luis en el convento de Evreux; pero ¿dónde, ¡oh!, dónde estaba mi alegre y bella Desideria, la buena compañera de mi feliz infancia? Algunas veces volví á imaginar, como en la primera hora de mi angustia, que la verdadera Desideria estaba en el cielo, y que solamente quedaba en la tierra su apariencia corpórea. Pero entonces alguna mirada ó palabra suya me confundía ó desorientaba, recordándome á la primitiva Desideria en sus mejores días.

Al fin, andando el tiempo, recibí paz y consuelo. No vinieron «de un modo ostensible», sino lenta y silenciosamente, como la aurora de un día de verano, á medida que mi corazón adquiría gradualmente una comunicación más íntima y plena con mi Salvador y Amigo en los cielos. Yo solía admirarme á veces, derramando amargas lágrimas, de que Jesús soportara las indecibles crueldades y ultrajes inferidos á sus miembros, á

los que eran «carne de su carne y hueso de sus huesos»; de que Jesús sentado en el trono de su gloria no los defendiese con sus rayos ó deslumbradores relámpagos, ó con la voz del cielo, como en lo antiguo: «¿Por qué me persigues?» Y muchas veces, cuando nuevas noticias de crueldad y sufrimiento llegaban á nuestro destierro, exclamaba yo con toda la amargura de mi alma:

—¡Oh Cristo! Amante y compasivo Cristo, que moriste por nosotros, ¿cómo puedes Tú sufrir estas cosas?

La respuesta vino, como sus respuestas suelen venir ahora, no en el trueno de lo alto, sino en el soplo suave de su espíritu en nuestra alma. Yo aprendí que «Él estaba en todas las aflicciones de sus perseguidos»; más aún, que Él es «afligido». Quien sufrió una vez por ellos, sufre ahora en ellos. Quien apuró el amargo cáliz, por ser tal la voluntad de su Padre, y sufrió la cruz menospreciando la vergüenza, no permitía que el cáliz pasase de ellos, y quería que también sufrieran su cruz para que luego se sentaran con Él en gloria á la diestra de la majestad en las alturas.

Aprendí el más santo secreto de aquel divino amor que es bastante fuerte, no para apagar el violento fuego, sino para hacer lo que es mucho más difícil, para andar con sus amados en el horno «siete veces más encendido», á fin de sacarlos de allí triunfantes y purificados. No dudé que Jesús iba con mi padre; que Jesús acompa-

ñaba con su ternura á mi joven hermano, por quien tantas oraciones se hicieron.

En cuanto á Desideria, pude decir: «Hágase tu divina voluntad.» Después de todo, ¿no habrá sido ella privilegiada en dar por Jesús más que la misma vida? ¿Qué serían ya sus restantes años sino una especie de sueño? Su despertamiento, su mejor tierra, ¿no serían por lo mismo tanto más gloriosos? ¿Qué no gozaría ella cuando, libre de la cadena que la aprisionaba, estuviera en la presencia de Dios, con facultades renovadas y con vista no obscurecida, para contemplar al Rey en su hermosura y alabar los esplendores de la Canaán celestial? Entonces yo encontraría á la verdadera Desideria, mi hermana, y juntamente con ella seríamos conducidos por el Buen Pastor á los verdes pastos y cristalinas aguas, como los demás escogidos «que vinieron de gran tribulación y han lavado y emblanquecido sus vestiduras en la sangre del Cordero».

En un corazón poseído de tales sentimientos no pueden arraigar ideas rencorosas é iracundas. Como los hermanos de José, nuestros enemigos pensaron mal contra nosotros; pero Dios, que estaba por encima de ellos y era mayor que ellos, sacó bienes de los males. Si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nosotros? ¿Y qué podíamos sentir sino compasión hacia aquellos por los cuales no estaba Dios, y que vanamente se empeñaban en luchar contra Él?

Mi vida exterior era tran tranquila, como dichosa era mi vida interior. Encontré fácilmente cuanto era necesario para atender á mis cortas necesidades y á las de Desideria, la cual nunca me fué carga ni me pidió cosa que yo no pudiese fácilmente darle. Tuve trato con muchos de mis honrados y piadosos compañeros de destierro, á los cuales no profesé menor cariño porque pertenecían al rango que yo adopté y no al de mi nacimiento. En los días festivos disfruté de los cultos de un fiel Pastor que predicaba en nuestra amada lengua el Evangelio del Señor, por quien él también sufrió la pérdida de todas las cosas.

Al principio solía yo visitar frecuentemente á nuestros amigos en Greenwich, quienes siempre me recibieron con mucha ternura, dándome inequívocas pruebas de afecto, como regalarme vestidos para Desideria, apropiados para este clima variable, y compartir conmigo los frutos que recibían de nuestros queridos huertos y jardines de Normandía. Pero luego me pareció prudente suspender estas visitas, aunque gran parte del gozo de mi vida ha desaparecido con ellas; así debo escribirlo, porque *así* es, en efecto. La falta no fué de mis amigos, sino mía. Yo había sido, desde que pude montar á caballo y ceñir mi pequeña espada, el joven caballero y campeón de Amada de Vigny. Pero ahora ya no era yo niño, sino hombre, y evidentemente para todos, y más aún para mí, mediaba un abismo entre nosotros. Ella

conservó su rango; yo descendí del mío. ¿Qué podía tener que decir la señorita de Vigny á un pobre guantero como Gabriel Vaur?

Si yo tuviera un temperamento calmoso y bien equilibrado, reconocería esto como una cosa muy natural. Yo podía haber adorado á mi estrella desde lejos y seguro de que nadie me lo impediría. Pero renuncié á tal cosa desde que llegué á ser mayor de edad; cada visita hecha á Greenwich me sumergía en dulces y delirantes sueños, como si contemplara yo en visión las costas de la amada Francia. No fué poco lo que perdí en cuanto á salud corporal y espiritual con tales visitas. Pero no fué esto lo peor. Cuando un día la señora de Vigny me anunció que su hija iba á casarse con el señor de Favre—á la sazón, el lugarteniente señor de Favre,—uno de nuestros compañeros de huída, sentí como si el sol se hubiera puesto al medio día, ó como si el cielo y la tierra se hubieran envuelto en la más negra obscuridad. Era tiempo, en efecto, de terminar mis visitas á Greenwich, aunque, repito, la falta era mía, solamente mía.

Aquí, pues, concluyo mi breve reseña del camino por el cual Dios me ha conducido en mi niñez y en mi juventud. Puedo dar testimonio de que Dios ha estado conmigo, me ha sustentado hasta hoy y me ha redimido de todo mal. Él no me abandonará hasta que me lleve á una tierra mejor aún que la bella Francia, á esa tierra don-

de padres é hijos, hermanas y hermanos, separados aquí por amor á Él, se encontrarán de nuevo para no separarse más, en compañía de los espíritus de los justos hechos ya perfectos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

LA CRUZ Y LA CORONA

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VI

LO QUE ACONTECIÓ DESPUÉS Á GABRIEL VAUR

Una hermosa mañana de primavera, cinco años antes de terminar el siglo XVII, un joven artesano, decentemente vestido, atravesaba la concurrida calle de Ludgate Hill. Representaba como veinticinco años de edad; tenía cabello obscuro, ojos pardos de dulce mirada, facciones distinguidas, y especialmente una boca preciosa. Su expresión era pensativa y aun triste, y miraba atentamente cuanto le rodeaba. Detúvose para levantar del suelo á un niño que había caído; no sin cuidar al mismo tiempo de una fuerte bolsa de cuero que llevaba, pues había sido amonestado más de una vez á tener cuidado con los rateros y tomadores de la ciudad.

Gabriel Vaur tenía especial motivo para estar

triste aquella mañana. Antes de salir de casa, dispuso algunas cosas para la mejor comodidad de Desideria durante su ausencia, y observó que su hermana no se encontraba tan bien como de costumbre.

—Verdaderamente—le dijo la señora de la casa,—la pobre niña pierde su salud. ¿Quién puede afligirse por ella ó pensar que no es bueno que el Señor se la lleve?

Gabriel salió apresuradamente de la habitación; sólo el grato recuerdo de largos años de amabilidad le hizo guardar silencio á palabras que le parecían duras y completamente crueles. ¿Pero acaso no eran verdaderas? Tal era la pregunta que él mismo se hacía al recorrer las calles de aquella industriosa ciudad. Por lo demás, Gabriel no se preocupaba mucho de lo que pudiera sucederle en lo futuro. Hacía mucho tiempo que no había visto á sus amigos de Greenwich, ni aun oído cosa alguna concreta de ellos. Sabía que el señor de Favre había ido á Irlanda con el rey Guillermo, y que se había establecido allí indudablemente con su joven esposa y con la madre de ésta, pues de seguro que madre é hija no habrían querido separarse. Como quiera que fuese, es lo cierto que Gabriel consideraba terminadas completamente sus relaciones con estos amigos de su infancia, y no había contraído nuevas amistades, aunque le hubiera sido posible.

Gabriel se proponía evacuar una diligencia

de gratitud y generosidad. Estaba muy agradecido á la señora que le había dado hospitalidad durante diez años, desde que llegó á tierra extranjera en compañía de su desvalida hermana, y le había tratado, lo mismo que á ésta, con invariable ternura. La hija de esta señora estaba para casarse, y Gabriel había hecho con sus modestas ganancias un ahorro para comprarle un regalo de boda.

Entró en una joyería de la Plaza de San Pablo, prefiriendo este establecimiento porque en él había un dependiente que era amigo suyo y compañero de destierro.

Levaysse, que así se llamaba éste, había salido aquella mañana, y sólo se hallaba en la tienda un joven aprendiz.

—Bien, señor; supongo que venís en busca de vuestro paisano—dijo éste, que ya había visto una ó dos veces á Gabriel con Levaysse.—Estará fuera todo el día, ocupado en asuntos particulares. ¿En qué puedo servir á usted? Tengo cosas muy buenas y baratas. Voy á enseñárselas. Yo le aconsejaría comprar un buen reloj, porque un hombre madrugador como usted no debe carecer de tan útil objeto.

Gabriel se sonrió, sabiendo que el joven Rostock hablaba en broma, por suponer que él no había ido realmente á comprar.

—El reloj se queda para más adelante—repuso;—pero ahora lo que deseo comprar es una

joya, lo que llamáis un alfiler de oro, á propósito para una señora.

—¡Ah! ¡Una señora, y joven sin duda! Ya comprendo, señor; me alegro de servir á usted y deseo complacerle.

—Sí; es para una señorita joven—repuso Gabriel,—la cual va á casarse con un amigo mío, y su madre, que es mi patrona, ha sido siempre muy amable y solícita conmigo.

—Será una bonita historia esa, sin duda—añadió el joven inglés con un movimiento de cabeza que denotaba incredulidad.—Bien, señor; naturalmente, vuestro secreto es asunto vuestro, y el mío es ayudaros á encontrar el alfiler más bonito posible, según vuestro dinero. ¿Cuánto, poco más ó menos, deseáis gastar?

Gabriel abrió su bolsa de cuero y puso en el mostrador tres monedas de oro; una suma considerable en aquellos días.

—Así se pueden hacer bien las cosas, por la hija de mi patrona, que ha sido muy amable conmigo—dijo el incorregible Rostock, remedando el acento francés de Gabriel.—Ella será la envidia de todo el barrio. Mire usted, aquí hay abundante surtido donde escoger.

—Demasiado espléndido—respondió Gabriel, mirando despreciativamente la bandeja de alfileres grandes y ostentosos que le presentaban. No quería él oro falso ni piedras dudosas.—Estos no sirven para la señorita Lucía—dijo;—mostradme

La mano de Gabriel temblaba al tocarla. Volvióse hacia la puerta para verla mejor en plena luz.

algo sencillo, puro, *verdadero*. ¡Ah! como los que hay en esa otra bandeja. Ese que forma un círculo de oro con una piedra en el centro.

—¿*Ese*?—dijo Rostock.—Para comprarlo se necesitan no tres, ni veinte, sino tres veces veinte guineas y más. Es un diamante muy grueso.

Mientras esto decía, el rostro de Gabriel cambió repentinamente: un color se le iba y otro se le venía, y, refrenando á duras penas su emoción, señaló hacia una joya colocada en una cajita cerca del diamante:

—¿Qué es eso?—preguntó.

—No es un alfiler, es un solitario; una joya para llevarla en el cuello. Si os conviniera, quizá podríais obtenerla por vuestra cantidad de dinero, porque, á decir verdad, no es nuestra, sino que está de venta, y su propietario me parece que tiene gran necesidad de dinero.

—Permitidme que la vea.

La mano de Gabriel temblaba al tocarla. Volvióse prontamente hacia la puerta, para verla mejor en plena luz. ¿Era posible que estuviera él equivocado? ¿No conocía él aquel finísimo oro, con su guirnalda de pequeñas perlas, rodeando una de gran precio colocada en el centro? No había pedido él permiso á su padre, cuando era niño, para quitar aquella perla de un anillo que le fué regalado por su padrino? ¿No había él empleado sus ahorros y sus regalos de Año Nuevo en comprar las otras perlas, el oro y en pagar la

mano de obra; y, terminada ésta, no la había él presentado á Amada de Vigny, el día que cumplió trece años? ¿Estaba él soñando? ¿O estaba confundido con una semejanza meramente accidental? ¿Podían existir dos joyas exactamente iguales? Porque si ésta no era, en verdad, la de Amada, era exactamente igual en todo, aun en el número de las pequeñas perlas, que él recordaba muy bien, por haberlas pagado separadamente. Aún había otra prueba. En la joya de Amada, una perla era defectuosa, por tener una mancha ó sombra negra, muy ligera, casi imperceptible á la vista; él había cuestionado con el joyero acerca de esto, queriendo cambiarla; pero no hubo tiempo para devolverla á Rouen con este objeto. Sí, allí estaba esa perla; justamente en su antigua posición. ¿Se la habrían robado á Amada? ¡Terrible pensamiento! ¿La habrían matado al robarla?

—¡Bien! ¿La habéis mirado bastante ya?—dijo con risueña voz Rostock.—A fe que si no fueseis hugonote, yo pensaría que teníais intención de echar á correr con ella.

Gabriel no oyó esto.

—Decidme, ¿dónde la habéis encontrado?—preguntó repentinamente, acercándose al mostrador. Tal vez algún ladrón...

—*¡Ladrón!* ¿Suponéis que tenemos aquí objetos robados? Vuestro paisano os lo dirá todo, porque á él se la entregó la joven señorita. Quisiera yo que él estuviese aquí ahora. ¡Ah! aquí

viene el dueño del establecimiento, Mr. Dunscombe. Para el caso es lo mismo.—Señor, tened la bondad de decir á este joven cómo nos ha venido la joya que él tiene en su mano.

El joyero, hombre robusto, de pelo rubio y con gafas, miró con aire de crítica y tal vez con sospecha al joven francés, pensando sin duda que no pertenecía á la clase de personas que suelen comprar alhajas.

—No sé mucho del asunto—dijo secamente.—Fué mi compañero quien la recibió de la señorita, y prometió que procuraría venderla para ella. A mi juicio, él debió no aceptar esta comisión.

—Señor—repuso Gabriel, temblando en todo su cuerpo,—¿me permite usted que le pregunte si usted vió á esa señorita?

—Sí y no. Yo vi una figura delgada, vestida de negro. Pero ella llevaba un espeso velo que no se quitó en todo el tiempo mientras hablaba con Lavaysse, ni mientras Lavaysse consultaba conmigo acerca de la joya. Yo le di permiso, aunque de mala gana, debo confesarlo, para que la recibiera é hiciese lo posible por venderla; pero advirtiéndole claramente que nunca podríamos sacar su justo valor. Es cosa enteramente fuera de moda. Si yo la hubiera de comprar para mí, sería únicamente por la perla del centro, que es muy buena, y que yo pondría en un alfiler de pecho. Pero la señorita no quiso que á la joya se le tocara.

—¿Qué espera ella ganar en esa venta?—preguntó Gabriel con su bolsa en la mano.

—¿Quiere usted comprarla, joven?—dijo el joyero con aire de sorpresa.

—Sí, señor—fué la pronta respuesta.

—Lo que ella espera obtener, es una cosa, y lo que ella querría, es otra distinta. Yo pienso que haré bien el negocio en favor de ambas partes si la vendo en cinco guineas, incluyendo la comisión. Pero ese precio me parece que no le conviene á usted.

—Sí que me conviene, señor—dijo Gabriel tranquilamente;—pero no tengo aquí más que tres guineas.

—No tengo inconveniente en fiaros por lo demás. Vosotros, los franceses, que habéis atravesado el mar por vuestra religión, sois siempre honrados, y como, además, sois amigo de mi dependiente...

—Gracias, señor; si yo sé cuando ha de volver esa joven, procuraré traer el dinero á tiempo. ¿O quizá—añadió ruborizándose á pesar suyo—ella ha dejado su dirección á Levaysse?

—Creo que no. Yo la oí decir, cuando salía de la tienda, que volvería el sábado al medio día.

Gabriel tomó la joya; entregó su dinero y salió acompañado hasta la puerta por el joven Rostock, que se permitió hacerle cierta observación sobre la compra. Era cara y poco adecuada, en su opinión, para una señorita como Lucía.

Pero, á todo esto, ¿en qué habría estado pensando Gabriel con respecto á Lucía y á su regalo? Hasta este momento no se acordó de que salía sin regalo para ella.

—No me propongo obsequiar con esto á Lucía—dijo Gabriel á Rostock.—Otro día compraré algo para ella. Adiós, Rostock, y gracias. Decid á Levaysse que volveré el sábado.

Gabriel atravesó la concurrida calle en verdadera soledad. Su corazón latía violentamente; su cerebro estaba trastornado. Su primera idea fué que Amada había sido robada, y aun muerta quizá, en Irlanda, y que algún cómplice del crimen había traído los despojos á Londres para venderlos.

Esta idea fué pronto reemplazada por otra. Aquella figura delgada, vestida de negro, ¿sería quizá la misma Amada? El hecho de oponerse á que la alhaja fuera destruída, parecía probarlo, pues un ladrón hubiera querido destruir la identidad de la cosa robada. Un dolor agudísimo traspasaba el corazón de Gabriel, pensando que Amada podía negociar aquel regalo por dinero. ¿Habrá ella olvidado tan completamente lo pasado? ¿Habrá apreciado el valor del entrañable afecto, cuyo signo era aquella alhaja? ¿Era ésta para ella únicamente una porción de oro y una cantidad de perlas, digno todo ello únicamente de ser reducido á dinero? Pero él no debía juzgarla entonces. Aun en su dolor, quería ser justo.

Recordaba con tierno sentimiento que ella no quiso que la joya se rompiera. ¿Y cómo podía él conjeturar las circunstancias que la obligaron á obrar de un modo que parecía tan extraño?

Era á la sazón jueves, y Gabriel empleó el viernes en hacer una excursión á Greenwich. En las antiguas y bien conocidas casas próximas al río, pudo únicamente averiguar que Mr. Belmont había muerto, y que las señoras habían marchado, nadie sabía dónde. ¿Habríanse ido á Irlanda? El propietario no podía decirlo. ¿Habrían marchado la señora de Vigny y la de Favre antes de la muerte del señor Belmont? El propietario nada sabía de la señora Favre. La señora y la señorita de Vigny salieron del lugar después de la muerte del anciano gentilhombre, á quien cuidaron con el mayor afecto. No se sabía dónde habían ido. Esto había pasado ya hacía un año, y más. La señora de Vigny parecía en aquel tiempo de salud delicada.

Esto fué todo lo que Gabriel pudo averiguar; pero era lo bastante para que dudase de que el matrimonio de Amada se hubiese verificado, y también para que su mente se llenara de los más sombríos presentimientos acerca de ella. Muy temprano, al siguiente día, volvió á la tienda del joyero, pagó sus dos guineas (gasto extraordinario que dejó su bolsa casi vacía), dijo algunas palabras á su amigo Levaysse, y salió, mezclándose con el torrente del gentío, resuelto á transi-

tar arriba y abajo con su vista en la tienda, hasta que apareciera la que había de percibir el dinero.

No tuvo que esperar mucho. Después de algunos compradores, penetró en la tienda una figura delgada, vestida de negro y cubierta con un espeso velo. El corazón de Gabriel estaba fuertemente agitado: la duda se había convertido en certeza. Era Amada de Vigny.

Ella no permaneció mucho en la tienda; salió pronto con paso ligero, sujetando algo fuertemente en su pequeña mano. Gabriel no titubeó un momento, y se acercó á ella, y dijo, haciendo una profunda reverencia:

— Señorita de Vigny, ¿puedo serviros en algo?

El podía haber titubeado más tiempo, si hubiese previsto el efecto que sus palabras habían de producir. Aquel cuerpo ligero y delgado tembló, como agitado por violentas sacudidas, y por poco cae á tierra.

Gabriel la cogió del brazo, y viendo una de las puertas de la próxima catedral abierta, la introdujo cariñosamente allí y la sentó en un banco. El recinto estaba solitario, y el joven hugonote bendijo tan agradable refugio, aunque por su educación no era muy aficionado á los edificios de abovedados techos y de gigantescas columnas. Amada levantó su velo, y el corazón de Gabriel sufrió amargamente al ver aquella cara

pálida, triste y demacrada. Ella procuró hablar una y dos veces; pero era demasiado esfuerzo para ella. Las lágrimas reemplazaron á las palabras.

—Consolaos, querida señorita—le dijo en tono triste y cariñoso, hablando, como era natural, en su propia lengua.—Consolaos. Decidme solamente por quién llevais luto; ¿por la señora?

Ella se repuso un poco.

—No, Gabriel, ¡oh! no. Gracias á Dios, ella se conserva todavía para mí, pero se encuentra muy enferma. Para obtener para ella el alimento y el vino, el vino sin el cual ella moriría, moriría, Gabriel, me he visto forzada al fin á desprenderme de... ¿Sabéis lo que he hecho? ¿Podéis perdonarme? ¿Os figuráis lo mucho que me costaría?

—Todo lo sé, señorita—dijo Gabriel, sacando la joya de su bolso y mostrándosela.—Solamente no os perdonaría si rehusarais recibirla, ó no me dejarais hacer todo lo que puedo por vuestra señora madre. Oh, señorita Amada, ¡cuánto habréis sufrido!

—Llamadme Amada, Gabriel, como en los antiguos días. Soy ahora tan pobre como vos; no, mucho más pobre.

Y se volvió de espaldas y sollozó.

—¿Por qué no me lo hicisteis saber?—preguntó Gabriel con tono de cariñoso reproche.

—Bien; vos teníais demasiada carga para vos mismo. Pero esto no es decir toda la verdad. Sabéis que mi madre es muy altiva y orgullosa;

sabéis que su máxima ha sido siempre «nobleza obliga». Ella no podía ver que cuando llegara á este país todas las cosas cambiarían para nosotros, y que no sería vergonzoso para nobles como somos, ya trabajar con nuestras manos, como usted hace, ó bien aceptar el generoso auxilio que la gente caritativa quiera darnos aquí por amor de Cristo. Ella ha pensado siempre, y aun lo piensa, que los nobles pueden ser militares, ó, si Dios les da gracia, ministros de la Palabra; pero no que puedan hacer más para ganar el sustento, mientras que á las nobles no les queda más recurso que tener paciencia y sucumbir.

Gabriel temió que el sucumbir no habia sido figura de lenguaje, y dijo:

—En verdad, habéis pasado por aguas profundas. Pero ahora, querida señorita, querida Amada, si me permitís llamaros así, vuestro antiguo compañero de juegos puede auxiliaros, ¿no es esto?

Por respuesta, Amada tocó ligeramente con sus demacrados dedos la mano del obrero, finamente formada como la suya, pero ahora flexible y sutil por el uso constante de la aguja. Fué éste un movimiento inconsciente y momentáneo, seguido de un ligero rubor; pero bastó para llenar el corazón de Gabriel de un intenso y grato placer, porque parecía demostrar confianza. Ambos instintivamente salieron de su profunda emoción, entrando á tratar asuntos de detalles.

—He procurado hacer algún trabajo de pasamanería, sin conocimiento de mi madre—declaró Amada. Vos recordaréis que aprendimos esta clase de labores en nuestra antigua y querida casa. Pero desde que mi madre se puso mala he tenido que estar siempre en su compañía, y así no he podido trabajar nada.

—¿Por qué salísteis de Greenwich?—preguntó Gabriel.—El deseaba preguntar por Mr. Favre, pero no se atrevía á pronunciar este nombre.

—¿No podéis suponerlo? Nosotros teníamos muchos amigos allí, y no podíamos soportar que llegaran á conocer nuestra situación. Cuando murió nuestro querido tío tuvimos que cambiar nuestra última guinea; tampoco él supo nunca lo que nos pasaba. Para los gastos que se ocasionaron después tuvimos que vender nuestras alhajas.

—Si lo hubiéramos sabido antes—dijo Gabriel con solicitud.

—No importa—interrumpió Amada tristemente.—Yo pienso que ninguno en Greenwich sospechaba la realidad de nuestras circunstancias. Mi tío había prestado parte considerable de su dinero en condiciones de seguridad absoluta, al parecer; pero, desgraciadamente, el negocio salió mal y lo perdió todo. Entonces Mr. de Favre, que de nada se hubiera extrañado, ni hubiera sido capaz de abandonarnos, tuvo que marchar, y murió en Irlanda en la batalla de Boyne.

—¡Ah!—dijo Gabriel, agitado por diferentes

sentimientos, entre los cuales predominaba la pena por la muerte de un valiente al cual él había siempre estimado.—Eso fué tristeza sobre tristeza. Pero, querida señorita, sabéis que él está en el cielo.

—Lo sabemos, como también lo sabe su principal doliente, su pobre y solitaria hermana. Gabriel, él era un hombre de los mejores: bravo, sincero, cariñoso con todos.

En esta alabanza había algo de natural, franco y espontáneo que no desagradó á Gabriel. Este dijo:

—Yo siempre aprecié mucho á Mr. de Favre. ¿Pero puedo yo saber dónde vivís ahora?

—No lejos de aquí, en una calle llamada Drusy Lane. No me gusta. Es estrecha y ruidosa; tan diferente de la de Greenwich, que tenía el río con sus barcas enfrente y los verdes campos al lado. Pero, al menos, podemos esconder nuestra pobreza; nadie nos conoce allí. Ahora, Gabriel, debo irme; mi madre ya estará impaciente con mi tardanza.

—¿Me permitiréis que os acompañe y que ofrezca mis respetos á la señora de Vigny?

—Oh, sí, si os place. Para vos no podemos tener secretos—contestó ella sencillamente.—Pero, al paso, debo entrar en la tienda de vinos inmediata, pagar lo que debo y comprar otra botella del Burdeos añejo que á mi madre le gusta. ¿No parece raro esto? ¡Cómo Dios envía pequeños

mensajes para mostrarnos que no estamos enteramente olvidados, ni aun en las horas más tristes!

—Así lo he experimentado yo también muchas veces—dijo Gabriel.

—Me desagrada entrar en dicha tienda de vinos; la gente en ella es tan ruda, y demuestra creer que yo voy á dejarle trampa; sin embargo, en ninguna otra parte, que yo sepa, se encuentra el viejo Burdeos que mi madre necesita. Y este vino, Gabriel, es precisamente lo principal que mi madre procura tomar: si no lo tuviera, moriría. Es dificultoso para los enfermos y para los débiles comer aquí, siendo estos alimentos tan diferentes de los que nosotros acostumbrábamos á tomar. Yo sé que la gente piensa que una pobre y mal vestida jovèn no tiene derecho de pedir un vino tan caro, comprar de vez en cuando una botella y llevarlo á su casa. Mi copa de amargura me pareció llena un día en que no pude, sí, realmente *no pude* encontrar dinero, y tuve que pedir el vino fiado. Solamente porque la vida de mi madre estaba en peligro, me atreví á entrar y á ponerme delante de aquellos hombres de mirada torva y burlona. Ellos me lo negaron. Yo salía de allí con el corazón quebrantado, cuando un caballero que estaba hablando con el dependiente se adelantó como para abrirme la puerta y me dijo:

—Esperad un momento, señorita.

Así lo hice, y al instante el dependiente me llamó y me dijo que podía llevarme el vino. Estoy

seguro de que el caballero habló por mí, y de que él tiene alguna influencia ó autoridad allí; quizá tiene participación en el negocio.

—¿Sabéis su nombre?

—Oí que el dependiente le llamó Mr. Strongfield. Este apellido es muy inglés, ¿no es verdad? Algunos de estos ingleses son muy buenos y generosos. El es alto, simpático, con cabello obscuro y algo rizado. Si lo veo otra vez, lo reconoceré. En verdad, tengo buen motivo para recordarlo con gratitud. Porque, desde entonces, la gente de la tienda ha cambiado por completo en su trato para conmigo. Ahora me dicen: «Señora, ¿en qué podemos tener el gusto de servirla hoy?» Y «no os molestéis en arreglar su pequeña cuenta», dijo Amada en inglés. Y gracias al grande consuelo y alegría que la presencia de Gabriel infundió, poco le faltó para reirse.—Pero ahora no debemos detenernos más. ¡Estoy tan contenta de poder, al fin, pagar aquel vino! Por esta causa, y también por la renta que debemos pagar el lunes, me vi forzada á la amarga necesidad de desprenderme de algo muy querido para mí por amor de los antiguos tiempos.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de ahogado y amargo sollozo.

—Ya veis cómo Dios ha permitido esto—dijo Gabriel,—precisamente para que volviéramos á reunirnos.

En pocos pasos llegaron desde la catedral

hasta la tienda de vinos. Aquí recibió Amada una nueva sorpresa. El dependiente, á quien ella preguntó por su cuenta, llamó al mayordomo, y éste, que no tardó en presentarse, le dijo que su cuenta había sido ya pagada, y le entregó el recibo correspondiente, imperfecto en la forma, pues no tenía, según dijo, el honor de conocer el nombre de la señorita.

Amada parecía enteramente confundida; pero Gabriel le dijo en francés:

—Creedlo, esta es otra buena obra de vuestro amigo Mr. Strongfield.

El vió inmediatamente, por la sonrisa del mayordomo, al oír este nombre, que su sospecha era acertada. Entonces, tomando el recibo en su mano, preguntó por la dirección de Mr. Strongfield.

—Eso es lo que no le puedo decir—repuso el mayordomo.—El no vive aquí: tiene parte en una casa de negocios irlandesa, con la cual nosotros tenemos relación, y creo que está para embarcarse esta misma noche, con dirección á Irlanda.

—Quizá pueda venir aquí antes de salir de la ciudad—indicó Gabriel.

—Es posible, señor; posible, pero no seguro—fué la respuesta.

Gabriel sacó su cartera, rasgó una hoja y la dió juntamente con un lápiz á Amada, diciéndole:

—¿Querría usted escribir una nota y dejarla aquí para él?

El no sabía si el heredado orgullo de Amada

se resentiría y buscaría un medio de devolver el dinero. Pero, por extraño que parezca, tal pensamiento no cruzó por la mente de la joven. Ella consideraba al inglés que se había cruzado en su camino para auxiliarla en su más viva necesidad, simplemente como un mensajero de Dios, y recibió su favor como enviado de Dios mismo por tal conducto. Esto fué lo que ella escribió:

«¿Quiere Mr. Strongfield aceptar, por su discreta amabilidad, el más profundo reconocimiento de Amada de Vigny?»

Entretanto, Gabriel pidió el vino y lo pagó, llevando esta vez tres botellas, en lugar de una. Entonces entregó la nota al mayordomo, y salieron de la tienda juntos.

CAPÍTULO VII

EL DESPERTAR DE DESIDERIA

Gabriel no encontró á la señora de Vigny tan enferma como él esperaba. El la consoló y la animó. Después de algunas visitas á la miserable casa de la calle de Drury Lane, la persuadió para que se mudara á mejores sitios en Southwark. Aquí él encontró para ellas un limpio y ventilado departamento que, mediante un arreglo privado que él mismo hizo con el propietario, no había de costarles más que el calabozo en buena hora abandonado. El adornó la nueva habitación con flores, y añadió otras cosas más útiles. En quince días, á contar desde su primera visita, la mudanza quedó felizmente terminada, y sus amigas instaladas cerca de donde él vivía.

No se podían hacer estas cosas sin que mermaran considerablemente los recursos de Gabriel; pero él se preocupaba poco de esto, puesto que

hasta aquí había sido más que capaz de subvenir á sus modestas necesidades, y ahora estaba colocado como maestro ó encargado en su industria. Lo que le causaba mayor inquietud era la condición de Desideria, á cuya decadente salud él no podía cerrar los ojos. Sin embargo, á pesar de sus presentimientos, no podía negarse que á la sazón se encontraba muy feliz. Tener á Amada tan cerca, verla cada día y saber que él estaba trabajando á cada hora para su bien, era bastante para la felicidad de su vida.

—El señor Vaur está tan contento y animoso cual nunca le vi desde que le conozco—dijo la buena señora Churton, cuya preciosa hija Lucía tuvo que contentarse, según creemos, con una alhaja de menos valor de la que primeramente se había pensado para ella.

Lucía y Amada pronto se hicieron muy buenas amigas, y ayudaron cariñosamente á cuidar á Desideria, asistiéndola diariamente en su enfermedad, cada vez más alarmante.

Un día, Gabriel, siempre atento con la señora de Vigny, entró en la tienda de la plaza de San Pablo á comprar vino para ella. Y encontró con sorpresa una esquela, dejada allí, dirigida á la señorita Amada de Vigny, pero en cuyo sobre se leía: «Si el caballero que acompañó á la señorita de Vigny se presenta, se le suplica que abra este sobre.» Gabriel lo abrió sin tardanza, y leyó lo siguiente:

«Señorita: Lo que he hecho por vos es nada; pero creo que podéis hacerme un gran servicio, con sólo responderme á algunas preguntas. Os ruego tengáis la bondad de indicarme, por medio de Mr. Evans, en qué hora y en qué lugar, á vuestra mayor conveniencia, podré esperaros con este objeto. Así otorgaréis un señalado favor á quien ha sido, señorita, vuestro muy humilde y obediente servidor,

HARVEY STRONGFIELD.»

—Si podéis decirme dónde vive este caballero, yo le buscaré inmediatamente para ahorrar tiempo—dijo Gabriel á Mr. Evans, el mayordomo.

—Bien pensado, señor—fue la respuesta.—Él parece estar con mucha ansiedad acerca del asunto, cualquiera que éste sea. En verdad, yo he llegado á saber que le está deteniendo, aunque está muy deseoso de volver á Irlanda. Usted lo encontrará en la calle de Strand, número 116. Vive con un fabricante de gafas, llamado Farran.

Gabriel corrió hacia la calle de Strand, pensando, con sorpresa, qué sería lo que este inglés, ó tal vez irlandés, deseaba de Amada. Al principio le ocurrió el triste pensamiento de que la belleza de Amada podía abrirse camino en un corazón evidentemente generoso, y de que él tendría que luchar contra un rival tan formidable como el rico negociante en vinos. Pero este temor pasó pronto, y su corazón recobró la calma. Ni una

palabra había él cambiado aún con Amada que no pudiese ser oída por el mundo entero; pero hay otros medios por los cuales los corazones pueden entenderse, y mucho de lo que constituye la misma vida de la vida no necesita palabras *(cela va sans dire)*, según la expresiva frase de su nativa lengua. El supo, mucho antes de esto, que Enrique de Favre nunca fué amado sino como un cariñoso y fiel amigo, y puso su mano sobre el solitario que llevaba cerca de su corazón, puesto que aún no lo había devuelto á Amada, proponiéndose que, al entregárselo, le pediría en cambio una palabra de animación y de esperanza.

Pensando así, llegó adonde se proponía, y preguntó fríamente por el Sr. Harvey Strongfield.

Un hombre alto y fornido salió á su encuentro, y, conduciéndole á una pequeña sala interior, le invitó cortésmente á que tomara asiento.

—Yo soy el amigo de la señorita de Vigny—exclamó Gabriel.—He visto vuestra esquela. Tengo razón para estar muy agradecido á vos, señor; y seré muy feliz en saber cómo podemos tener el honor de serviros.

—El agradecimiento es mío—dijo Mr. Strongfield.—Las generosas palabras de la señorita han sido mucho más de lo que yo merecía. ¿Tendréis la bondad de decirme si sois también de Francia?

El se había sentado de espaldas á la luz y enfrente de Gabriel, á quien miraba intensamente.

—Sí—respondió Gabriel.—Soy francés, y de la Religión, un refugiado.

—Y yo también. Somos hermanos—dijo Strongfield, levantándose y tomando á Gabriel por la mano. Su voz pareció un tanto conocida á Gabriel. Este pareció encontrarse de nuevo en Caudebec, sentado en el banco de la pequeña tienda del guantero, y después, por un más admirable juego de la memoria, se creyó bajo los muros del incendiado convento, cuando la pobre Desideria fué tan valerosamente rescatada. Entonces exclamó, naturalmente en francés:

—Podía yo haberlo acertado, pero por causa de vuestro nombre, que es enteramente inglés. Mr. Harvey Strongfield...

—Traducid ese nombre á vuestra propia lengua—dijo el que lo llevaba, con una sonrisa.

—¡Harvey! ¡Ah! Herberto: Strongfield, ó Champfort. ¿Es posible? ¡Qué felicidad!

—Señor Gabriel de Vaur, no sólo es posible, sino que es verdad.

Entonces los dos hombres, como los franceses acostumbran, se abrazaron con la mayor efusión de afecto y de alegría.

La primera frase inteligible de Gabriel fué para preguntar por qué su amigo se había cambiado el nombre.

—¿No podéis sospecharlo? Yo, para explicarlo todo, debo tomar mi historia desde el principio. Yo estuve sujeto, por causa de la herida de mi pie,

durante algunas semanas, en aquel sitio que vos sabéis, donde fuimos separados de tan extraño modo. Mr. Gabriel, ¿pudísteis vos poner en salvo á la señorita Desideria? Yo nunca oí rumor alguno acerca de su captura; así yo siempre esperé que vos la hubiérais salvado.

—Sí, ella vino conmigo; ella está conmigo aún. Pero, querido Herberto, no es ya la que recordáis. La crueldad de las monjas ha apagado la luz de su razón para siempre.

La desgracia de Desideria, que llevaba diez años para Gabriel, era nueva para Herberto en aquel momento. Algún tiempo le costó vencer su emoción, y después continuó su historia de este modo, respondiendo á los ardientes deseos que tenía Gabriel de saberla:

—Con harta pena mía, no pude yo enviaros vuestro dinero, que yo tenía, ni aun comunicar con vos de modo alguno. Estuve en terrible peligro, pues mi religión no podía ocultarse, y, siendo un forastero, estaba yo seguro de que sería sospechoso, como fugitivo. Pero el cirujano y el cura que me auxiliaron eran hombres de buen corazón, y me cuidaron solícitamente; el último, según dijo, para darme tiempo para mi conversión, por la cual, le hago justicia, trabajó mucho. Yo leí sus libros, y argüí con él diariamente hasta que mi pie fué curado; entonces, una hermosa noche de luna llena me escapé. Cerca de la costa la vigilancia era tan activa á la sazón, que

yo pensé que sería lo mejor cambiar de ruta é irme hacia la frontera flamenca.

Me parecía un viaje mucho más largo, pero era la única manera de encontrar una probable escapatoria. Gracias á Dios llegué en salvo á la frontera (algún día más despacio os referiré todos los incidentes); y deseando ardientemente estar entre hermanos en la fe, me encaminé á Rotterdam, donde además pensé que podría encontrar trabajo. No mucho después, el príncipe de Orange empezó á reclutar gente para la expedición á Inglaterra que le ha proporcionado el trono. Yo me alegré mucho de seguir sus banderas; especialmente porque él iba á luchar en favor del Protestantismo y *no* contra Francia. Muchos de nuestros compatriotas hicieron lo mismo. Yo peleé en Irlanda bajo el mando del príncipe de Schomberg, y Dios me hizo prosperar, dándome gracia para con aquellos que estaban sobre mí.

Hacía ya algún tiempo que Gabriel había oído la verdadera historia de las brillantes hazañas por las cuales Herberto se había distinguido aun entre sus bravos compatriotas, que fueron los mejores soldados en aquella campaña. Herberto había nacido militar. Y continuó, omitiendo modestamente mucho de lo que podía haber dicho:—Yo tenía paga y premio de dinero, y cuando la guerra terminó, los amigos me invitaron á establecerme en Irlanda, donde están muchos de

nuestros paisanos y hermanos, la mayor parte de los cuales están prosperando, gracias á Dios. Al Sur hay una hermosa y bien situada ciudad á orillas del río Suir, llamada Waterford. ¿Habéis oído mencionarla? Allí se han establecido nuestros amigos. Tenemos una iglesia nuestra y un pastor; estamos estableciendo varios tráficos para nuestro honroso sostenimiento y para beneficio de nuestros vecinos. Teniendo yo un poco de dinero, además del de usted, que conservo en depósito, entré en parte con un hermano en la fe, desterrado, que es comerciante. El negocio se presentó muy bien, con todas las facilidades para llevarlo adelante, pues todo lo que se embarca en Francia puede llegar directamente al muelle de Waterford. Esperamos poco á poco tener todo el comercio del Sur de Irlanda en nuestras manos. Aun ahora estamos obteniendo crecidas ganancias. Con mi dinero, Gabriel, diréis, ó al menos, podréis decirlo.

—No digo semejante cosa, querido Herberto. Lo que tengo ganas de saber, pues no lo habéis explicado, es por qué cambiásteis su nombre.

—Hay buenas razones para ello. Nuestros negocios exigen de vez en cuando un viaje á Francia. Herberto Champfort no se atreve á poner el pie en su nativa tierra, porque pronto se vería preso ó en las galeras. Pero Harvey Strongfield, el comerciante inglés, puede ir y venir sin peligro. Con esto se presenta una preciosa oportuni-

dad de socorrer las necesidades de nuestros perseguidos hermanos y aun de auxiliarlos para que pasen la mar y vengan á estas tierras de libertad, donde pueden adorar á Dios en paz, sin que nadie los moleste.

—Así, pues, Herberto, ¿no olvidáis nuestra Francia, ni á nuestros queridos hermanos que están allí en servidumbre?

—Si me olvidare—dijo Herberto con sentido acento,—¡que mi mano derecha se olvide de su oficio!

—Pero, Gabriel, ahora debemos hablar de nuestros asuntos. Desde que llegué á este país, os he buscado en vano. Era lo mismo que buscar una aguja de guantero en un vagón cargado de paja. Yo no podía ni aun saber si habéis logrado una fuga con éxito. En verdad que una de mis razones para venir á Londres en esta época fué hacer aún otro esfuerzo para encontraros. Pero esto parecía infructuoso.

—En parte lo ha sido, yo supongo—dijo Gabriel,—porque yo he suprimido la partícula *de* en mi apellido, y vine á vivir entre nuestros pobres paisanos que ganan su pan con el trabajo de sus manos. Yo soy ahora solamente Gabriel Vaur, guantero.

—Pues por lo mismo tenéis un título más del que yo pensaba para nobleza—dijo Herberto con calor. Vos, Gabriel, habéis manejado la aguja del guantero, un instrumento que á mí nunca llegó

á gustarme, y que debió ser mucho más repulsivo para vos. Admiro esta clase de abnegación. Volviendo al asunto, diré que ya me iba á marchar desesperado de encontrar á usted, cuando la notita de la señorita de Vigny, firmada con el nombre tan familiar para mí como el de los amigos que citábais en conversación tantas veces en Candebec, despertó mis esperanzas de nuevo. Yo pensé que ella estaría cierta, al menos, de haber oído algo tocante á vos. Y ahora, ya sabéis lo demás.

—Lo sé. Estoy contentísimo de haberos encontrado, querido Herberto.

—Y yo tengo una alegría que no puede expresarse con palabras. ¿Hablaremos de negocios ahora? Yo sé que no puedo en un momento hacer que os decidáis á tomar una determinación. Pero debo someter el asunto á vuestro juicio para que lo decidáis cómo y cuando gustéis. Yo puedo daros un talón sobre el nuevo Banco (el Banco de Inglaterra) por los ciento noventa luises vuestros, con los intereses compuestos calculados á contar desde Octubre de 1685 hasta hoy. O bien, podemos retener el dinero como capital en tráfico, pagándoos yo buen interés si convenimos en ello. O bien (y esto es lo que me atrevo á recomendaros, Gabriel) yo quisiera teneros de socio en el comercio y traeros conmigo á la casa que he adquirido, una hermosa casa, en la cual Dios me ha dado un lugar feliz de descanso y muchas preciosas bendiciones.

—Decidme, Herberto, ¿estáis casado?

Un ligero rubor cubrió el animado rostro del joven francés.

—No, Gabriel, todavía no. Mas—para decíroslo todo—una bonita joven, irlandesa de nacimiento, pero de sangre inglesa, la hija de un pastor, ha prometido hacerme, no solamente el más feliz de los desterrados, sino el más feliz de los hombres. ¡Oh Gabriel! Debéis venir y vivir con nosotros, pero—añadió, cambiando de pronto su semblante—quizás vos también... ¡Estoy seguro! Aun en los pasados tiempos, cuando érais niño, nosotros todos pensábamos que teniáis decidida inclinación hacia la señorita de Vigny. Ella es ahora más bonita que nunca, á pesar de la tristeza y palidez de su semblante.

—Querido amigo, habéis adivinado mi secreto. Pero mi camino parece casi obstruído. Ahora precisamente no puedo hacer nada. Vuelva usted conmigo, le ruego, para verla otra vez. Ella vive aquí cerca, en Southwark. Penetrad en mi humilde habitación, como yo también viví con vos en Candebec. Tenemos muchísimo que hablar juntos.

—Sí, Gabriel, iré con vos muy contento. No pierdo la esperanza de persuadiros, en cambio, para que os vengáis conmigo á la agradable tierra, en la cual he hallado mi suerte.

Herberto y Gabriel emprendieron juntos el camino hacia la humilde morada de éste en South-

wark. Con grande sorpresa, encontró Gabriel en la puerta de su casa á Amada.

Con una mano colocada en el aldabón le tendió la otra, con una mirada triste, sin fijarse apenas en su compañero.

—Querido Gabriel, no entréis en este momento—dijo ella;—permitidme que os hable primero.

—Amada, ¿vos aquí? Decidme qué sucede.

—Poco después de salir vos esta mañana, la señora Churton envió recado de que Desideria se puso muy mal. Yo he estado con ella desde entonces. Ahora está más tranquila y no sufre; parece dormida. Pero, querido Gabriel, todos estamos en que su fin se acerca.

El cariñoso hermano se conmovió mucho. Volvió su rostro y estuvo algunos momentos procurando reprimir su emoción antes de entrar. Al fin entró resueltamente, suplicando á sus amigos que le acompañaran.

El sufrimiento había pasado para siempre, y ella dormía su último sueño en la tierra. Los ojos tranquilos de Desideria estaban abiertos, y había en ellos una patética y penetrante mirada, como buscando algo que ya no podían encontrar.

Gabriel se inclinó y la besó tiernamente.

—Aquí estoy, querida hermana—le dijo.

—Sí, Gabriel está aquí—murmuró la moribunda niña, la niña de veinticinco años, cuya vida se había estancado á los catorce.

—Gabriel aquí. Padre, madre, Luis en casa.

Los que la cuidaban cambiaron una mirada de inteligencia. Por diez largos años ella no había nombrado á estos últimos, ni parecía comprender la suerte de ellos. Pero ahora la luz venía sobre ella, la luz de la puerta abierta por la cual ella estaba á punto de pasar.

—Sí, Desideria mía—dijo Gabriel,—y tú también estarás pronto en casa.

—Pronto en casa. Bésame otra vez, Gabriel, Gabriel y Amada.

No pronunció otra palabra más. Transcurrieron unas horas de insensibilidad, y entonces el espíritu se desprendió suave, insensiblemente.

—Ya no existe—exclamó Herberto, que permaneció allí hasta la última hora.

—Existe—respondió Amada;—ella ha recobrado lo que en la tierra había perdido.

—La vida era para ella un prolongado sueño—dijo Gabriel tan pronto como pudo hablar por causa de las lágrimas, aunque después de todo no eran lágrimas de amargura.—Ahora ella ha despertado bajo la sonrisa de Cristo, y su primera mirada de consciente alegría se fija en la gloriosa faz del que murió por ella.

No hubiera querido ella haber sufrido ó haber entregado menos por amor á Cristo.

*

Ya no queda mucho más que referir. El fiel Pastor, también un desterrado, que oró sobre la tumba de la martirizada Desideria, bendijo, algún tiempo después, la unión de Gabriel Vaur y Amada de Vigny. Poco después, ellos se establecieron al Sur de Irlanda, cerca de Herberto Strongfield, con quien Gabriel entró en sociedad. La señora de Vigny, cuya salud había mejorado mucho, los acompañó. Ellos vieron á los hijos de sus hijos, y gozaron en gran medida las bendiciones con que el Señor enriquece, sin experimentar nuevas tribulaciones.

*

Hemos bosquejado, aunque con torpe mano, enteramente indigna de la grandeza del asunto, la historia verídica de dos ó tres vidas, de las muchas que pueden encontrarse en las memorias que nos quedan de aquellos desterrados por la fe, de los cuales el mundo no era digno. Fué el mundo moderno, el mundo de hace tres siglos, el que presenció una persecución más violenta y cruel que la sufrida por los israelitas en Egipto ó por los cristianos primitivos bajo el imperio de Diocleciano. Algunas de sus víctimas—y nosotros no lo extrañamos—vieron en ella «la muerte de los testigos», pronosticada en la majestuosa visión del vidente de Patmos, señalando especialmente á aquella postrera exhibición de la maldad triun-

fante, cuando las naciones no permitirán que sus cadáveres sean sepultados.

Sin embargo, en totalidad, los testigos no fueron matados. El gran Exodo, á pesar de todos los castigos y de todas las precauciones, salió de Francia, en número de tres á cuatrocientos mil hombres, de los mejores, de los más valiosos (1), que enriquecieron las tierras en que se refugiaban. ¿Y á qué tierras llegaron? Inglaterra, Escocia, Irlanda y todos los países protestantes del continente abrieron sus brazos á los desterrados, mientras algunos de éstos encontraron abierto su camino hacia América, Africa y aun hasta los fines de la tierra. «Los virtuosos y útiles extranjeros», como eran llamados con razón, llevaron la bendición de Dios con ellos. Esta bendición se extendió á todos los que les mostraron generosidad y les ofrecieron refugio, permaneciendo en abundante medida sobre ellos y sobre sus hijos. El tiempo nos faltaría para recitar todo el largo y noble catálogo de santos y confesores; pero aún sería más difícil tarea enumerar sus descendientes que adquirieron un nombre honroso en todas las esferas de la actividad humana, en las armas, en la política, en ciencia, en literatura,

---

(1) Este cálculo de Sismondi es probablemente inferior á la verdadera cifra. Está fuera de duda que un número igual pereció en las prisiones, en los cadalsos, en las galeras y en las tentativas de escape. ¡Verdaderamente fue un noble ejército de mártires!

en arte y en las útiles empresas del comercio y de la industria. Justo es, en verdad, que sus hijos, que viven entre nosotros, recuerden su alta descendencia, honren la memoria de sus nobles antepasados y conmemoren en este tiempo la triste, pero gloriosa, época de sus sufrimientos y de sus victorias.

FIN

NOVELAS HISTÓRICAS

Recuerdos de antaño, por E. Martínez.

Historia popular de la Reforma y de la Inquisición en España, 432 páginas. En cartoné..... 2.50

Alipio de Tagaste, por J. B. Webb.

Una historia de los tiempos de San Agustín. Cinco grabados. Edición popular..... 1.00
Edición de lujo, en tela..... 2.50

El Jorobado de Nuremberg, por F. B. Clark.

Un cuadro de las luchas religiosas en Alemania en tiempos de Carlos V. 260 págs., 15 fotograbados. 1.75

Glaucia, la esclava griega, por E. Leslie.

Las aventuras de una joven esclava ateniense y de su hermano en los días del apóstol Pablo. Tres láminas en papel couché. En rústica..... 1.25
En tela..... 2.00

Los Hermanos Españoles, por D. Alcock.

Conmovedora historia, que ha sido vertida á los principales idiomas europeos. La noble figura de Carlos Alvarez de Santillanos y Menaya ha nacido en la imaginación de la autora por el estudio de personajes históricos en los tiempos de la Inquisición. Excelente edición en 8.º mayor, con cuatro dibujos en negro y uno en colores, originales del reputado artista Méndez Bringa. En rústica..... 2.00
En tela..... 3.50

EDIFICACIÓN Y ESTUDIO BÍBLICO

El comienzo de la vida cristiana, por el Reverendo W. L. Watkinson.

Libro que en su idioma original ha servido para señalar á muchos el camino de salvación y estimular la fe y piedad de los creyentes. Abunda en interesantes ejemplos é ilustraciones. 96 páginas..... 0.40

El programa de la vida, por el Rev. W. L. Watkinson.

Pensamientos tan hermosos como edificantes acerca de la disciplina, las pruebas, los progresos y las tentaciones de la vida. 106 páginas..... ..... 0.40

El primer capítulo del Génesis, por L. Gaussen.

Lecciones de un docto pastor suizo á su clase de jóvenes, acerca del relato bíblico de la creación, ilustradas con multitud de datos interesantes de Astronomía, Geología y Ciencias naturales. 148 págs.. 0.70

Filosofía del plan de la salvación.

El autor anónimo de esta obra ofrece con sus estudios sobre la antigua y la nueva dispensación «el hilo que le ayudó á salir del laberinto de la duda». 214 páginas. En rústica..... 1.00
En cartoné..... 1.50

Diccionario de paralelos, concordancias y analogías bíblicas, por C. H. Lambert.

Indice metódico en el cual se agrupan los textos de la Escritura bajo títulos generales, según los asuntos á que se refieren. Libro utilísimo para los estudiantes de la Biblia. En 4.°, 350 páginas, rústica..... 2.00

HISTORIETAS PARA NIÑOS

Magdalena.

Los sufrimientos de Magdalena en el circo ambulante, la luz que allí derrama su Nuevo Testamento y el alegre final de la historia, han granjeado para este libro una inmensa popularidad entre los niños.

Edición popular, rústica... ..... 0.75
Edición de lujo, en tela..... 1.75

La amazona chiquita, por Francisca Stratton.

Una pintura exacta de lo que encubre la superficial alegría y frivolidad de un circo ambulante. Las dificultades de Anita en un ambiente tan poco propicio á su carácter cristiano, son una lección para casos análogos en la realidad de la vida..... 1.00

La primera oración de Carlota, por H. Stretton.

La historia de una pobre niña que, con su fe sencilla y sus inocentes preguntas, conmueve el corazón de un viejo avaro y le hace entrar en una nueva vida. Con veinte ilustraciones..... 0.40

Las buenas nuevas de Enrique, por Amy Le Feuvre.

Un Evangelio de San Marcos, encontrado por un perro en el mar, y leído por un muchacho enfermo, da lugar á conversaciones y acontecimientos muy interesantes. Cubierta á dos colores..... ..... 0.25

El niño del bosque.

Popularísimo cuento, del cual se han hecho numerosas ediciones. Ocho grabados, artística cubierta. 0.25

Sociedad de Publicaciones Religiosas,
Flor Alta, 2 y 4, 1.°, Madrid.